Nuestras propias historias

Relatos de amor I







Relatos de amor

I

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978 9942 22 367 8

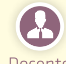
Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN







Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los “escritores profesionales”, hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de “Nuestras propias historias”.

Luis Zúñiga
Escritor y creador del Programa “Nuestras propias historias”.

Índice

NANCY JANETH CHINGAL
vive en Santa Martha de Cuba, Tulcán. Está vinculada con la Unidad Educativa del Milenio Carlos Romo Dávila.

Un sueño que jamás se cumplió

¡¿Por qué las cosas malas les pasan a las personas buenas?!

Desde que tengo uso de razón, he apreciado la vida; sé que con el simple hecho de que el sol salga cada día, es una nueva oportunidad para empezar y seguir creyendo en mí, junto con Dios. Así, con el tiempo, fui creciendo y viviendo, cumpliendo

con mis estudios, dando lo mejor de mí: logré ser la abanderada de mi escuela, siempre con el sueño de ser una gran enfermera. Sueños que toda persona quiere cumplir.

Luego de terminar mis estudios primarios, seguí con los secundarios, en ellos estudie Sistemas porque en ese tiempo no había tanta facilidad como ahora para poder estudiar lo que uno quería; pero aun así nunca me quedé suspensa, di lo mejor de mí.

En ese tiempo hice grandes amigos, salía a bailar, me escapaba de la casa, respondía a mis padres, fui grosera, claro, como todo joven que quiere vivir sin tomar responsabilidad de sus actos. A veces, solo por tratar de ser aceptado en la sociedad, por el simple hecho de conocer cosas nuevas o por ser una persona ingenua, se cometen errores y se mete en problemas; pero al hacer mal las



cosas, nosotros mismos somos capaces de remediar los errores, y así fue.

Como una niña a la que le prometen el cielo y las estrellas, me enamoré, tal vez, de una cara bonita. No medí mis actos. A temprana edad, tras haber terminado mis estudios secundarios, quedé embarazada. No sabía cómo llegar a casa y decirle eso a mi madre, porque iba a romper todos los sueños que ella tenía conmigo, aunque en realidad yo maté mis propios sueños de ser una gran enfermera. Mi madre se decepcionó, pero la entiendo: ¡qué madre no lo haría! A pesar de eso, ella me apoyó para seguir y así, cuando mi hijo llegó a este mundo, mis padres lo quisieron, pero ya no pude seguir estudiando, pues *cuando el hambre entra por la puerta, el amor sale por la ventana*. Entonces tuve que trabajar para tener con qué alimentarlo y que no le faltara nada.

Cuando mi hijo tuvo dos años, volví a encontrarme con su padre. De nuevo él mintió sobre quererme y yo, como siempre, le creí y volví a caer rendida en su rostro bonito. De nuevo quedé embarazada. Esta vez nació una niña. La cara bonita otra vez se fue.

Tuve el valor de contarle a mi madre y ella solo me ignoró. Tuve que criarla sola, junto a mi hijo. Trabajé para que nunca les faltara nada. Así mis hijos crecieron. Yo siempre lloraba cuando llegaban las deudas, pero nunca caí, sabía que no iba a tener un buen trabajo por falta de estudios, pero la educación no está en todos los honores, sino en cómo son las personas y en su buena educación.

Yo nunca me metí en la vida de los demás porque no soy nadie para juzgar a otras personas. Solo sabía que en esta vida todo mundo te da la espalda, y los amigos que de joven tenías, cuando te ven caída y sin nada son los primeros en irse. Tenía problemas con mi familia y no podía tener una buena relación con ella, sabía

que en este mundo no estaba sola porque estaba con Dios, en esta esta batalla que es nuestra.

Mis hijos siguieron creciendo, nunca les faltó nada. A veces en mi plato no tenía nada para mí, pero en los platos de ellos siempre hubo bocado. Cuando mi hija ya tenía dieciséis años y mi hijo dieciocho, yo solo pensaba en cómo cuidarlos para que siempre estuvieran bien.

Por casualidad, una noche, al salir de mi trabajo, no había carros y, de repente, un tráiler se paró frente a mí y el señor que iba manejando me preguntó si quería que me llevara. Solo con verlo, noté que no tenía malas intenciones, así que me fui con él: fue muy caballeroso, me dejó justo en mi casa, agradecí y se fue.

Ya no lo vi más. Después, un día, apareció afuera de mi casa: conversamos como dos adolescentes, le conté cómo había sido mi vida y él me contó la suya. Él me apoyó, se quedó a mi lado, ayudándome económica y sentimentalmente, me ayudó con mis hijos y, poco a poco, pude salir adelante.

Me di cuenta de que no todos mis sueños se habían terminado, que no todas las personas eran malas, y que cuando tomamos decisiones equivocadas, estamos en esta vida para remediarlas. Dios nos escucha siempre. Ser una gran enfermera era mi sueño y Dios me dio más que eso: me dio una vida plena, unos hijos hermosos y una familia, y sobre todo las ganas de seguir.

No dejes que las decisiones malas dañen tu vida y tu destino; si te equivocas, levántate, lucha, que vendrán mejores oportunidades; cambiar solo depende de ti. En fin, yo estoy con mi viejito, así le digo de cariño. Lo único que anhelo es que mis hijos sean profesionales y que si ellos se caen, esté yo para levantarlos; daré lo mejor por ellos y luego recorreré el mundo en el tráiler de mi viejito, hasta que Dios me lo permita. Mientras tanto viviré cada día como si fuera el último.

NICOLE MIKAELA PÉREZ
nació en Tena, Napo, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San José. Su actividad favorita es leer.

Para ti

Y llegaste en el momento exacto, al lugar preciso. Tu sonrisa y tu mirada llenan de bondad, con esa luz que atrae, esa luz que dice que esa personita vale la pena, que no es como los demás, que es especial, ese no sé qué que me hizo acercarme a ti y taparte los ojos.

Aún no sé cómo pude ver eso en ti sin ni siquiera conocerte. Aún no sé qué me hizo acercarme, aún no lo sé. Solo recuerdo tus ojos y esa sonrisa, acompañados de esas palabras que nunca olvidaré:



—¡Mika, volviste!

Y me abrazaste. Recuerdo que te miré, luego reaccioné y te devolví el abrazo. Todo lo que pude contestar fue:

—¡Sí!, lo hice.

Sonreíste y me di cuenta de que iba vestida fatal como para que te fijaras en mí, pero no me importó en lo más mínimo porque estaba atrapada en tus ojos, tanto que era incapaz de hablar con un mínimo de fluidez.

Rápidamente me despedí. Te juro que entre ese instante y darme la vuelta, no recuerdo nada: ni tú sonrisa, ni tu mirada, ni siquiera si me despedí. Es como si ese instante hubiera desaparecido justo después de saber que me habías atrapado.

Sé con exactitud que eres buena persona y, créeme, el único símbolo de superioridad que conozco es la bondad, y me da igual lo guapo que seas, me da igual lo bien que cantes, bailes, hables, dibujes; me da igual lo *sexy*, las mariposas, los *te echo de menos*, los *te quiero*, los *preciosa*, los *contigo me caso*, los errores, porque si eres buena persona, mi corazón es tuyo. No tengo mucho más para darte, pero te aseguro que es lo más grande y valioso que tengo; te aseguro también que no se lo doy a cualquiera, y si te lo doy es para tener el tuyo a cambio. Me importa tu felicidad. Me arriesgo a que me partas el corazón en mil pedazos.

P. D.: Creo que soy tuya desde ese mismo instante.

ELISA CUMANDÁ NÚÑEZ
nació en Guanujo, Bolívar, en 1975. Trabaja en la Unidad Educativa Guapara. Su actividad favorita es tejer.

Mi camino a la libertad

Mi historia comienza el día que conocí a mi esposo. Tras un tiempo de relación decidimos que debíamos avanzar y tomamos una importante decisión: formar un hogar. Después de un tiempo de vivir como pareja, supimos que íbamos a formar una familia cuando me enteré de que estaba embarazada. Tuvimos dos hijos. Fue una época muy feliz, siempre con pequeños problemas, pero como familia sabíamos cómo solucionarlos.

Un tiempo después comencé a notar cambios en mi esposo y en su comportamiento. No mucho después supe que estaba saliendo con otra persona y un día solo decidió dejarnos. Desde ese día mi vida y mis decisiones cambiaron. Sabía que yo era la única persona que podía sacar adelante a mis hijos. Como no tenía experiencia en nada, comencé a entrar en desesperación, pero no podía quedarme con los brazos cruzados, así que empecé a buscar.

Una amiga mía me comentó que estaban buscando a alguien para cocinar. Fui y me dieron el trabajo. Estuve ahí algún tiempo, pero como no podía dejar a mis hijos solos, comencé a llevarles a mi trabajo, con lo que la dueña de casa no estuvo de acuerdo. Entonces mis hijos volvieron a quedarse solos, lo que en realidad me preocupaba mucho, sin embargo, esa era la única manera de seguir adelante.

Un día mi prima me comentó que podría trabajar como maestra en un centro de alfabetización, idea que me gustó mucho y sin duda acepté, pero el trabajo era más cansado y mis hijos pasaban más tiempo solos. No había día que no les hiciera acuerdo de cuánto los amaba y todo lo que hacía era por ellos.

Tenía dos trabajos y daba gracias a Dios, pero el proyecto de alfabetización estaba llegando a su final. Entonces volví de nuevo a tener un solo trabajo. La monotonía era tan cansada y no sabía qué más hacer. En esa época tuve una conversación con mi hermana que estudiaba educación y tenía experiencia en la docencia, ella me convenció de formar un centro de educación inicial en un recinto. Trabajábamos con censos para llegar a los objetivos que nos pedían. Así trabajé tres años como educadora comunitaria, una experiencia muy bonita, y luego el contrato terminó.

En el transcurso de mi trabajo como educadora me animé a estudiar en la universidad y sacar mi título de tercer nivel. Sabía

que debía cambiar mi vida y mi forma de pensar, así que escogí la carrera de Informática Educativa, con la que no me sentía muy a gusto, ya que no tenía conocimiento en computadoras y volvía a retomar mis estudios quince años después, pero nada fue imposible: logré pasar los tres primeros semestres.

En ese entonces se abrió la carrera de Parvulario, y como ya tenía experiencia con los niños tomé una decisión: dejé la carrera anterior y comencé una nueva. Pasó el tiempo y con muchos esfuerzos y apoyo de mi familia pude llegar a octavo semestre. Como necesitaba ayuda económica, decidí aceptar de vuelta a mi exesposo, con el cual no había perdido contacto, pero con una diferencia: ya no sería su mujer sino su amante; una decisión que no me alegra, pero fue la única forma de tener su ayuda y culminar mis estudios.



Terminé mi tesis y salí exitosa. Todo me fue muy bien y pude lograr mi sueño: terminar mi carrera. Como ahí no podía quedar la cosa, supe que se abrieron las inscripciones del programa Quiero ser maestro. Estaba decidida a ganar, así que me preparé tanto, fui con muchas ganas a dar las pruebas y fui preseleccionada. Una meta más alcanzada, pero yo quería llegar más alto. Esperaba ansiosa dar mi clase demostrativa hasta que llegó el día y lo hice con mucha fe. Esperé los resultados y todo lo que había pasado tuvo su recompensa: gané un nombramiento, no en el lugar donde vivía, pero no me importaba, era mi oportunidad y no la dejaría por nada.

Dejando a mis hijos y a mi familia, llegué a un recinto que no conocía, localizado en Cotopaxi, en la Unidad Educativa Guapara. Ahí he conocido personas que me han dado su confianza. Aquí estoy escribiendo mi nuevo capítulo de vida, en el cual soy madre, hija, profesional y ya dejé atrás el papel de amante.




ÁNGEL ARMANDO SABANDO
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscal 23 de Octubre.

El regazo de un desventurado

Era adolecente cuando el casual destino me ofrecía intensas heridas con sus punzantes puñales. La soledad me acompañó a cada instante. Sueños y esperanzas poco me interesaban. La ventura me pareció un fugaz suspiro, cual humo en el vacío que siempre se extingue como luz entusiasta, que tarde o temprano se apagaría, golondrinas que nos visitan y luego se alejan dejando

un adiós sin despedida. Pensar que todo fenece, lo que dura una flor, un ave en un nido: es triste saber que sucumbe entre la oscura y pavorosa noche del olvido.

Mi razón divagaba errante por falta del codiciado consuelo. Día tras día lamentaba mi desolada suerte. En la eterna búsqueda del remedio para mis dolencias, me aferré al abrigo caluroso de las noches calladas porque sus radiantes y serenos fulgores me envolvían consintiendo la pasajera y frágil placidez de mis horas.

Yo era un ser distante de aquellos seres que decían llamarse *hermanos*. Muchos se burlaron de mi quebranto, mas nunca les culpé; se rieron del llanto del desdichado, rieron porque jamás sufrieron en sus vidas una pena. Benditos sean porque del tropiezo aprenderán.

Mi pobre viejecita, lavando ropa ajena, dedicaba horas a esa tarea, marchitando sus agobiadas manitas en la agotada labor, por unas míseras monedas que calmaban las penas de las crueles amarguras de nuestra situación social, para que yo pudiese asistir al colegio. Jamás supo de mi suplicio, para qué complicarle, era oportuno forjar la seguridad de una bonanza que nunca se halló.

Mis compañeros corrían ansiosos al patio apenas oían el timbre del recreo. Algunos jugaban con una improvisada pelota, otros se perseguían para atraparse, las muchachas, sonrientes, pasaban charlando amigablemente. Mi rutina era perseguir la sed, evitar sus miradas para ir en busca de un cálido rincón donde detenerme a reposar mis pensamientos.

Terminaba desconcertado aquel que visitaba los lares donde me hallaba. Me encontraban extraño e incluso eran muchos quienes se detenían para mofarse. Mi mirada al suelo caía por la flaqueza, ni siquiera lograba responder ante el rígido golpe del

desdén. Recuerdo que yendo a casa fueron mis compañeros de curso quienes me apresaron y dieron una golpiza sin misericordia. Al verme tumbado y con sangre en mi rostro, huyeron al instante. Ignoro el porqué de semejante crueldad, pero estuve consciente de que no hubo la intención de llegar a tanto. Después, me levanté un tanto fatigado, buscando limpiar mi cara y continuar con mis pasos. Mi risa, cual velo, escondía mi melancolía.

Tuve miedo de volver al salón de clases; huir del dilema era mi salvación. Caminar con la turbación era el nudo en la garganta que ansiaba desprender. Busqué un lugar que me ofrendara el anhelado abandono del fatídico ayer, pero la llovizna se tornó en una feroz tempestad que amenazaba con arrancarme el aliento del pecho.

Estaba conforme con el colegio que acababa de acogerme, retornar a clases era grato, al igual que volver a compartir con los amigos que partieron tras el merecido desahogo, luego de un largo periodo lectivo. Era el reencuentro con mis inseparables libros, volver al sitio del saber, era la satisfacción del apetito por el afán de revelar lo desconocido.

A pesar de la calidez del salón, persistí siendo el asociable, que no le concernía amistad alguna, conservando la locura y la manía de no obsequiar confianza a ninguno. Era el fúnebre ser que carecía de mueca de alegría. La muchedumbre colegial encantaría al despreciable solitario, contemplador del vacío, quien se convencería de las malas jugadas que otorga el corazón.

Agraciada, sublime, divina, sensata, prudente, la más ingeniosa que hayan divisado mis ojos, no me bastaría el tiempo para elogiarla. Su fuerte mirada castaña reflejaba el impetuoso coraje digno de su estilo sereno pero audaz. En la distancia era

costumbre extasiarme con su magnífica virtud, nunca alcanzaba a saber, en lo mínimo, qué brisa mágica acariciaba mi opaco frenesí, que volvía luz a mis tinieblas. La incesante arrogancia que albergaba mi interior se tornaba agasajada con semejante palpitar del inquieto pecho, bastaría su mirada para adormecer tal pertinaz fervor. Repuestas a un desconocido hechizo, la incógnita acrecía sin ceder turno a reaccionar, era un sentimiento anónimo que fascinaba la cordura.

En el sempiterno delirio, perduré mis noches añorándola, la luna acompañaba mi trajinar, sin poder imponer vigor para dirigir mis palabras cariñosas a su oído.



La paranoia resultaba ser la pesadumbre de mi mente, la mujer que presumía se mostraba airosa, siendo el prisionero de sus pupilas, mas era la excéntrica ambición de mis sueños.

¿Qué hacer para liquidar la esperanza de pretender alcanzar lo imposible, para extinguir la fe del lejano y codiciado regocijo? Era la rutina de meditar a intemperie del encantador crepúsculo. Aquella avidez desesperaba mi afligida paz, esa hambre de olvido agitaba la tendencia de ahogarme en llanto. La congoja me oprimía, la angustia y su agobio se penetraban impertinentes para acabar consumiendo la quietud de mi alma vagabunda. Sería entonces la ocurrida repuesta al tormento que surgiría por gracia de un trozo de papel, un lápiz y un abrumador pesar.

Aquello que residiera reprimido en lo íntimo florecería liberado en un mudo rugido de improvisados y trágicos versos, escritos para sacrificar el martirio incitado por la cobardía de disfrazar mis anhelos. Era costumbre verme encerrado, sigiloso, en el vacío dormitorio en busca de la paz que desatara el apasionado deseo de evocar las rimas gemidas, dueñas de mi sosiego. Mis poemas eran manojo de trágicas frases ocultas y nobles, el ansia de mi compañía por siempre reposaría en el cofre de mi dócil nostalgia, mas no serían entregados a quien asesinaba mi engaño.

Más tarde el Señor me encaminaría al sendero del olvido. Alejándome del dominante vicio de estar cerca de sus pasos, sombra formada por el sol, partí al recóndito refugio donde mi mente avisaba la intensa batalla por defender la calma, que me era devuelta por la ausencia de sus embrujos.

Recibía la imprevista noticia de boca de sus allegados, comprendí que en la celebración de sus quince primaveras alguien había cautivado su bendito ser, dichoso mi valeroso rival que supo

conquistar su amor, que fue mi vida. El jugo misterioso de mis ojos vertía por vez primera: no lo niego, no es delito en el hombre llorar por una mujer, pero serían las últimas gotas amargas de pena que verían torrentes derramar.

Hoy vago con la rasgada herida en mi pecho, mi agotado corazón no sabe de reír; vivo por mí y solo por mí, sin importarme la felicidad del bienaventurado, que las amistades no me hablen. Viví de falsa fantasía de la cual no quiero acordarme, pues el regazo lo hallaré en un trozo de papel.




CARLOS RAÚL VELOZ
nació en Guayaquil, Guayas, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San José. Su actividad favorita es tocar la guitarra.

Un amor que parecía verdadero

Un buen amigo mío, alguna vez, me dijo:

—Amigo, te voy a dar un consejo: jamás pero jamás te enamores. Te lo digo yo.

Pero como uno es joven, ya saben. Yo me dije: "Claro, sí, sí". Por cierto, casi se me olvida, mi nombre es Carlos. Aunque prefiero no acordarme, te voy a contar mi triste historia. Ahí va.

Érase una vez un pequeño pueblo llamado San Cristóbal donde se había acabado el verano y terminaron las vacaciones. Debíamos volver a clases. "Oh, que aburrido", pensé. Iba a quinto curso.

Era lunes. Como sabes, los lunes son aburridos. Sonó la sirena y el inspector llamó a formación. Primero cantamos el himno y luego comenzaron los discursos, pero para nuestra suerte, llovió. Entonces, ¡oh, Dios mío!, vi a una hermosa chica. Rogaba para que estuviera en mi curso. ¡Bingo! Ella entró.

Yo era tímido y se me hacía difícil tener amigos, pero me armé de valor y entré al curso. No sabía dónde sentarme, pues todos los pupitres estaban ocupados. Casi por la mitad vi un puesto vacío, pero, ¡qué mal!, estaba lejos de aquella chica.

Entró el licenciado tutor.

—¡Buenos días, alumnos! ¿Cómo están? Mi nombre es Byron, blablablá… —Ya saben cómo es: el maestro pasó hablando media hora, hasta que dijo—: Ustedes saben mi nombre, ahora quiero saber los suyos. Usted, joven, póngase de pie y dígame su nombre.

Me armé de valor, pasé al frente y me presenté. Luego fui a tomar asiento. ¿Saben quién estaba sentada detrás de mí? La chica que mencioné. Vaya, qué hermosa chica. Lo malo es que tenía tres amigas que no eran mis amigas.

¿A que no saben lo que pasó? A la chica se le cayó un esfero al suelo y me pidió que se lo pasara. Cuando puse el esfero en su mano, me miró y yo la miré fijamente. Allí había química. Entonces le pregunté su nombre y ella me contestó:

—Un placer. Me llamo Jessenia. ¿Cómo te llamas?

¡Wow! Reaccioné de inmediato:

—Carlos.

Sonó la campana, era hora de ir a casa. En la noche no pude dormir pensando en lo que pasó.

Al día siguiente llegué a mi curso y allí estaba ella. Me dijo:

—Carlos, acompáñame a comprar.

Fuimos. En medio camino resbalé y caí a la cuneta. Si vieras la vergüenza que pasé. Se rio y eso bastó para calmar mi dolor. Regresamos al curso. Para mi suerte me habían cambiado al lado de ella.

Quince días después, ya éramos buenos amigos: hacíamos juntos las tareas y compartíamos nuestros alimentos. Un mes y veinte días más tarde, fuimos hacer un trabajo grupal con mis compañeros. Cuando se acabó el trabajo, ella me quiso decir algo muy importante, pero yo ya me había ido a la casa. ¡Qué mal!

Al día siguiente nos encontramos en el curso, le pregunté qué era lo importante que me quería decir:



—No es nada. Olvídalo.

Yo insistí y ella contestó:

—Te iba a decir si querías ser más que mi amigo.

¡Wow! Le dije que sí, pero me dijo que ya era muy tarde: eso ya era cosa de ayer. Yo creo que ya había alguien más en su corazón. Me mató. Me quedé sin palabras. Ya se imaginarán cómo lloré por dentro. Sonó la sirena y salí al recreo. Le pregunté a mi mejor amigo:

—¿Qué hago?

—Insiste, conquístala —dijo—, pero, ojo: jamás te enamores.

Caray, yo ya estaba perdidamente enamorado, hasta bajé en calificaciones solo por ella. Le dije que no quería ser su amigo sino algo más, le dije que la amaba, y ahí quedó nuestra relación.

Pasaron los meses y retomamos la amistad, pero ya no como antes. Un mes después éramos mejores amigos. Un día de diciembre le pedí que se convirtiera en mi enamorada:

—Te amo, Jessenia, pero me duele verte con otro que no sea yo.

Y ella me dijo:

—¿Crees que no me dolió lo que me dijiste?

Señores y jóvenes, miren cómo es la vida: ese amor terminó ahí, se acabó la amistad. Cupido desflechó, la magia se terminó. Hoy hacemos como si no nos conociéramos, pero a veces nos miramos como si fuera la primera vez.

Bueno, esta es mi historia, mi gente. Solo quiero que no les pase lo que a mí me pasó, no se lo recomiendo ni a mi peor enemigo.

Colorín colorado, mi historia se ha terminado.

ISRAEL MUÑOZ
nació en Colonche, Santa Elena, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Dolores Veintimilla de Galindo. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

El último intento

—Ya no insisto más —me dije a mí mismo.

Los últimos días se estaban haciendo demasiado pesados para mí. Anoche estuve conversando con Evelyn vía chat. Ella es una ex por la que aún siento algo. Me estuvo contando que se había peleado con Guamán, quien era mi reemplazo: lo detesto por haberme arrebatado el puesto que tenía en el corazón de mi Eve. Cuando ella se desconectó, pude volver a hacer mis tareas con tranquilidad.

La alarma de mi celular sonó: era hora de alistarme para ir al colegio. El día iba regular, las clases no eran tan entretenidas pero no puedo decir que estuvieran aburridas. Entonces llegó la hora de Educación para la Ciudadanía; el tema de ese día era "Los fundamentos sociales del Ecuador: los afrodescendientes y lo montuvio". Esa clase me hizo pensar en Evelyn: su piel negra como el carbón, su cabello rebelde y corto que le llega a los hombros, sus ojos café oscuros que emitían un brillo especial cuando estaba frente a ella y, sobre todo, esos labios carnosos que son muy característicos en las afrodescendientes. Durante la hora de clase me pasé recordando cómo era besar sus labios y las veces que para que no nos descubrieran nos ocultábamos detrás del bar de la Unidad Educativa Palmar, que era mi anterior colegio.

El timbre de cambio de hora sonó y me hizo volver a la realidad. Tenía que poner atención a las clases. Que yo recuerde ese fue el motivo que usé para convencer a mi padre para que me cambiara de colegio; como él trabaja en el ingenio La Troncal, en tiempos de zafra pude convencerlo para terminar en la Unidad Educativa Dolores Veintimilla de Galindo.

Cuando me enteré de que ella empezó a salir con Guamán, se me partió el corazón y en mi alma sentí un vacío. En un momento pensé que todo lo que había hecho era en vano. Si conversara con alguien de esto, dirían que ella no es la única mujer en el mundo, que ya vendrá alguien mejor, blablablá. Puras palabras vacías con la intención de hacerme sentir mejor; sencillamente no las quería escuchar porque ¿qué saben ellos del amor? ¿Acaso ellos alguna vez se han enamorado profundamente? No lo creo.

He leído que por amor se hacen muchas locuras, que por este sentimiento algunas personas han luchado contra peligros

y enfrentado muchas pruebas, cosa que yo iba a hacer: no me quedaría con los brazos cruzados mientras otro tenía los besos de la chica que amo.

En la noche me puse a revisar antiguas conversaciones con ella, hasta que hallé los mensajes en los que me confesó que estaba saliendo con alguien más. Esto hizo que se formara un nudo en mi garganta, en mi pecho sentí un vacío y mis ojos empezaron a lagrimear. Sin duda eran malos recuerdos, que me siguen torturando hasta el día de hoy.

Al día siguiente, después de haber salido del colegio, estaba navegando por Internet. Buscaba una buena base de rap hasta que encontré una que, sin duda, debía de ser la adecuada. Ahora solo tenía que encontrar un título adecuado y dejar que mi esfero y mente hicieran el resto.

Llegó la primera fiesta de la lectura, en la que tuve que participar en el concurso de declamación de poemas. El poema con el que iba a participar era del gran poeta Pablo Neruda, aquel que dice “Puedo escribir los versos más tristes esta noche…”, más conocido como “Poema 20”. En este poema yo me veía reflejado. Sin duda, quería que ella estuviese ahí, pero había una provincia de distancia, una gran provincia que me mantenía lejos de mi Evelyn, quien quizá estuviera siendo abrazada y besada por otro de la misma manera que yo lo hacía.

Ya en el escenario, me concentré en imaginar que ella estaba ahí, frente a mí, escuchando el poema que estaba declamando. Pero la realidad es traicionera: al ver que ella no estaba ahí, mi mente se puso en blanco y, de repente, toda la letra del poema se esfumó. De esa manera perdí la oportunidad de ganar el primer lugar, pero me dio la idea que andaba buscando, el título perfecto: “Escribiendo versos”.

Después de unas semanas tenía que volver a mi pueblo, Palmar, ubicado en la provincia de Santa Elena. Era una buena noticia: aunque solo fuese por un par de días, me agradaba la idea de estar ahí. Aproveché para grabar escenas para el videoclip, la mayoría de las tomas fueron en el bar del colegio, ya que en ese sitio pasábamos gran parte del tiempo y fue donde nos besamos por primera vez, también fue el último sitio donde nos vimos antes de que me viniera para La Troncal. Imaginé cómo hubiese sido un último beso, el beso de despedida que nunca se dio porque su madre estaba ahí presente. A lo lejos pude verla, quise acercarme, pero no estaba sola: estaba con el odioso de Guamán, así que tuve que aguantarme las ganas de dirigirle la palabra.



Cuando volví a La Troncal, subí el videoclip ya finalizado a mi canal de YouTube y después le envié el enlace para que ella pudiese verlo. Yo esperaba que ella me respondiera que terminaría con Guamán y regresaría conmigo, pero lo único que recibí fue: "Ay, qué lindo, pero te soy sincera: tú te fuiste y lo que yo sentía por ti se fue contigo". Estas palabras, aunque en texto, resonaban en mi cabeza una y otra vez, como si ella mismo me las hubiera dicho. También me dijo que me diera la oportunidad de conocer a otras chicas, quizás esa era la mejor forma de olvidar. Intenté hacer caso omiso por el simple hecho de que me había enamorado: lo que sentía por ella ya había dejado de ser una simple ilusión y era lo que los humanos llamamos *amor*, ese sentimiento que —aun sabiendo que ella tiene a otra persona— me hace perseverar y seguir intentando con una y otra técnica, pero incluso así el resultado fue el mismo: un rotundo y seco fracaso.

Después de un tiempo conocí a Ariana, en una casa abierta de los proyectos de participación estudiantil. Salimos por un mes, pero la relación no funcionó: el hecho de intentar olvidar a mi Eve con Ariana no fue suficiente. Otro intento fallido. Me puse a pensar: ¿y si le pasó lo mismo a Evelyn: ella empezó a salir con Guamán para olvidarme? ¿Y si en el fondo ella era infeliz y seguía amándome, pero su orgullo le impedía decímelo? Las posibilidades de que esto fuera verdad eran muy pocas, pero si hubiera alguna, me gustaría aferrarme a ella.

Cuando terminé con Ariana, empecé a escribir un libro de amor y terror, con un toque de realismo fantástico, titulado *Amores de un colegio de asesinos*. Algún día me gustaría publicarlo, pero no sé qué hacer para lograrlo. Cuando escribo puedo romper la barrera de la realidad y entrar en otra donde yo controlo cada aspecto del nuevo mundo que plasmo con tinta sobre mi cuaderno, que

después paso a un respaldo digital en mi celular. En este mundo puedo estar con ella. Aunque me gusta besarla en la obra literaria, cuando dejo de escribir me encuentro con la cruda realidad de que estoy sin ella.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro al leer el mensaje que me había llegado: "Guamán y yo terminamos". Al fin todo lo que había deseado estaba pasando, mi rival había sido derrotado y tenía el camino libre para volver a enamorar a mi Eve o al menos eso creí. Dejé que pasaran algunos días para pedirle por texto que volviera conmigo, a lo que ella me respondió con un rotundo no. Me dijo que era un insensible que no entendía que ella estaba rota, que no hace mucho había terminado con su novio y un montón de cosas más.

Pasó un buen tiempo y ella me dijo que había conocido a un chico de tercero de bachillerato llamado Cristian. A este tipo no lo conocía, pero el hecho de que fuera su nuevo novio no me gustaba nada. La noticia me dejó peor, esta vez la pena no se iría así como así. En un momento quise estrellar el teléfono contra el piso, pero me contuve. Y eso no fue lo peor: después de un mes, ella me dijo que Cristian le había propuesto comprometerse, ella le dijo que dentro de un par de semanas le daría la respuesta. En pocas palabras, en un par de semanas le daría el sí y la perdería para siempre.

Dicen que los ángeles llegan al mundo a consolar el alma de las personas que están lastimadas, y un ángel entró en la familia: la mujer de mi hermano dio a luz a una hermosa niña. Esto abrió un camino de luz, una última luz de esperanza, la última oportunidad para intentar reconquistarla y evitar que se comprometiera y arruinara su vida con ese tipo al que no conocía y sabía que no la amaba. Con la excusa de ir a conocer a mi sobrina, podría tener

un encuentro con ella, una conversación frente a frente con mi Evelyn. Esta conversación evitaría que se comprometiera o la perdía para siempre. Le envié un mensaje: “El sábado nos vemos a las cuatro de la tarde, ya sabes dónde, no faltes”.

El viernes a las ocho de la noche ya estaba en mi pueblo, habían pasado cinco horas desde que dejé La Troncal al salir del colegio. Ahora lo único que faltaba era tener las cosas listas para mañana: el plan que me daría mi última esperanza.

Cuando llegó la hora, yo ya estaba en el bar del colegio, sentado en un tronco de madera pintado de verde. Vestía una camisa negra que se ajustaba a la perfección a mi cuerpo, ella llevaba una blusa azul bajo un abrigo negro, ya que estaba garuando.

—Así que sí viniste —dije soltándole una gran sonrisa.

—Gonzalo, claro que iba a venir —dijo ella devolviéndome la sonrisa—. ¿Y esa camisa? Hace tiempo que no la veía.

—Pues quería que me vieras usándola. Por cierto, te traje un regalo—. Empecé a sacar una cajita con mazapanes que había comprado antes de ir al encuentro—. Asegúrate de morder el clavo de olor —dije con tono burlesco—. Me gusta la mueca que haces cuando los muerdes.

—Oye, no, no vamos a revivir la primera cita —en efecto, así fue nuestra primera cita: yo vestía esa camisa, y ella, por error, mordió el clavo de olor de un mazapán.

—¿Recuerdas aquel beso bajo la lluvia? —dije señalando la poca lluvia que caía.

—Claro, ese beso fue muy bonito, pero el que me diste después de haberte comido un ají fue desastroso —dijo ella tapándose la cara, ya que se había sonrojado.

Pasamos recordando todas las vivencias y locuras que vivimos, lo cual era mi objetivo. Lo esencial era que no se acordara de Cristian. Llegaron las seis de la tarde y ella se despidió, dijo que había sido un gusto hablar conmigo. Antes de que se fuera, le puse la mano en el hombro y le di medía vuelta, haciendo que entre los dos naciera un gran beso. Ese momento fue el mejor que había tenido en meses. Cuando el beso terminó, ella se fue sin decirme ni una palabra.

El domingo llegó, el día de volver a La Troncal. En el bus estaba pensando si lo que hice fue suficiente, revivir aquellos momentos y el beso, ese beso que espero la hiciera dudar sobre lo que siente por Cristian y esta duda le dijera un no.




KATHY MERCEDES CUEVA
nació en Cariamanga, Loja, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Eloy Alfaro. Su actividad favorita es leer novelas.

No toda pesadilla es un sueño

Mi historia empezó el 8 de junio de 2000, mi fecha de nacimiento. Durante mi infancia viví con mi madre y mis hermanos, pues mi padre se encontraba trabajando en España. Todos los días teníamos pláticas con ella que me ayudaron mucho a crecer como persona.

Cuando mi padre regresó al Ecuador, a vivir con nosotros, yo ya tenía diez años. Ahí fue cuando nuestra vida empezó a cambiar, ya que mis hermanos y yo nos dimos cuenta de que teníamos más exigencias que cumplir. Siempre fuimos responsables, pero no estábamos acostumbrados a vivir con un padre que quería que, todo el tiempo, tuviéramos alguna tarea por cumplir.

No obstante, mi vida siempre fue feliz y divertida, ya que cuando ingresé a la escuela mis compañeros y yo nos llevábamos muy bien y compartíamos momentos juntos en la hora del receso; si teníamos alguna dificultad, estábamos para ayudarnos.

Considero que mi periodo escolar fue muy bueno, ya que obtuve algunas menciones: fui elegida presidenta del Consejo Estudiantil, participé en un sainete representando una situación familiar, estuve tres años en Proyectos Escolares, siempre estuve dispuesta a representar a mi escuela en danza y en dibujo, obtuve el primer lugar al realizar un dibujo de Cariamanga; además, al finalizar el periodo lectivo, tuve la oportunidad de dar el discurso de clausura, lo cual me hizo sentir muy orgullosa; y fui abanderada por obtener una de las mejores calificaciones, pues siempre participé en los momentos cívicos y oratorias con poemas y recitaciones, entre otros.

Así terminé la primaria y luego ingresé al colegio, mi gran colegio, al que siempre anhelé llegar para cumplir nuevas metas. Sin embargo, mi vida empezó a cambiar cuando, desde muy lejos, llegó una persona muy especial que formó parte de mi vida y cambió mi mundo, mi forma de pensar, mi actitud y, puede que sí, mi personalidad; alguien en quien yo confiaba mucho, con quien compartí momentos inolvidables. Con el tiempo sucedieron nuevas y diferentes cosas, en las que me apoyé en un lema: “La vida es lo que uno siente, no lo que la gente dice”.



Esa persona se convirtió en una imagen para mí, en un espejo de grandes ideales, pero, con el tiempo, lo que creí conocer se desvaneció. Esa persona cambió. Su mundo era otro, sus ganas de vivir ya no eran las mismas; el orgullo, la soberbia y la avaricia se apoderaron de él. De ser la persona más sencilla y sutil que conocí, en un cerrar y abrir de ojos, dejó de existir, aquel hombre ya no existía en el mundo de la felicidad, pues se había encerrado en el odio, el rencor y la amargura. Muchas personas cambiamos porque la vida nos golpea fuerte, y esto fue lo que le pasó; según él, la vida era injusta, pero yo no lo creía así, pues él lo tenía todo.

Actualmente, cada uno sigue su camino y las promesas quedaron en la nada, las miradas en el olvido, las palabras en el corazón y los recuerdos en la mente de la piel, ya que nos

acostumbramos a convivir el uno con otro, con nuestros "actos ignorantes", como solíamos decir.

Ahora solo trato de estar alejada de esta clase de personas, pues creo que uno decide ser feliz a su manera. Si algo que aprendí de lo sucedido es que uno no cambia, a uno lo cambian; uno no es malo, a uno lo vuelven malo; uno no se cansa, simplemente a uno lo cansan. Estoy segura de que mientras estuve con esa persona di e hice lo mejor. Fue una de las mejores experiencias que viví y que siempre tendré en cuenta. La oportunidad de haber sido parte de su vida me hizo crecer mucho y ser yo mismo. Mi promesa de estar con él siempre seguirá en pie, aunque él ya lo quiera. Sé que algún día él se va dar cuenta por qué mantengo mi promesa intacta. Ahora solo puedo decir que, pase lo que pase, nunca dejaré de querer a esa persona que cambió mi vida a inicios de 2013.




ANA BELÉN VARELA
nació en Guayaquil, Guayas, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscal Guayaquil. Sus actividades favoritas son escribir y leer.

Entre líneas

—Mira las estrellas, reflejan mi luz. Estoy muerta. Escúchame en lo profundo de la noche, me sentirás a tu lado cada vez que estés atento. No te asustes, no pecaré contigo o, al menos, no te haré pecar. Refúgiate en mi pecho helado. Me levantaré de la tumba en tus peores días, pero no corras: me lastima que trates de esconderte de mí.

Todavía puedo escucharla diciéndome eso cada día de mi vida. Hablando de muertos, ella me mató, pero por alguna razón sigo

sangrando, y eso significa que estoy vivo. ¡Cómo me encantaría estar muerto! Su madre aún me pregunta a diario por Nicole, y todas las mañanas tengo que decir mentiras. Un día ella se marchó, lo único que supe fue que murió. A veces pienso que murió asfixiada con las cosas que nunca me dijo; dejó muchas pistas, ninguna obvia, solo que murió.

Es muy hilarante su nota, lo único que decía era esto: "Ya morí, pero nunca me separaré de ti". ¿Qué clase de loca era Nicole? Nunca lo supe. Viví ocho años de mi vida con una psicópata, pero a veces pienso que ella me descubrió: no era la única que escondía secretos. Reconozco que no fui bueno, pero tampoco malo; ella era un misterio, escondía siempre cosas en la casa y no le tomé importancia hasta el día en que desapareció. ¿Qué ocurría en su cabeza? No lo sé. Tan polifacética y desconcertante…

Pero desde hace tres semanas, cuatro meses después de su desaparición, empezaron a llegar cartas semanales a mi casa, con mensajes bobos, muy peculiares. Ella era una chica lista, sabía que estaba muerta o al menos eso fue lo que decía la nota, pero valía la pena indagar. La primera carta decía: "Te Odio, Bobo Insolente, Te Exprimo, No Explotes Chicles Económicos Si Igual Todos Odiamos".

Esa primera carta era tan desconcertante como para creer que Nicole en realidad estaba muerta. La segunda tampoco me aclaró las ideas, leerla me desordenó la mente: "Rocío Espectacular Sobre Camas Aromáticas Termales Afrodisiacas Mediterráneas Especiales".

Nada relacionado a Nicole tenía sentido, ni siquiera mi vida sin ella. Mientras yo disfrutaba de mi vida de soltero, algo me perturbaba: tenía que leer la tercera carta. "Nidos Oriundos, Toronjas Amarillas Rojizas Dulces Exquisitos Sabrosos, Moradas Uvas Esponjosas Vienen En Tardanza Especial".

Reflexioné tantas veces acerca de esas cartas, pero no tenían sentido, al menos no a simple vista. Decidí revisar entre las cosas de Nicole y descubrí su cuaderno de apuntes. Ella trabajaba como profesora de Lenguaje, le encantaban los juegos de palabras. Yo no le prestaba mucha atención, ¡cuánto me arrepiento de eso! Era tan rara que me causaba risa. En medio de esos recuerdos estúpidos, atiné. Esas cartas eran un juego de palabras, de esos de las películas donde piden ayuda y la protagonista anhela ser salvada. Parecía algo ficticio, como las novelas que me leía mi madre. Una vez que lo comprendí, me sentí tan estúpido, pues el mensaje era claro, en las iniciales de las palabras se escondía todo.

En aquel punto me consideraba ignorante sobre el mundo, desconocía tantas cosas que me harían la vida más fácil o, tal vez, me hacía falta delicadeza al notar los pequeños detalles de las cosas, porque ese mensaje decía todo que quería saber de ella, pero no sabía aún dónde estaba. "Quiero encontrarte, pero todavía te siento lejos". Miré los detalles más a fondo: "Eres tan audaz que marcaste con números la provincia y la ciudad". Lo supe al deducir que la fecha no concordaba con la de tus cartas.

Seguían las incógnitas porque había tardado demasiado en descubrir todos estos datos, saber tu escondite. O te encontraba muerta o agonizando, pues todo lo que escribías hablaba de muerte. Eras una mujer que se esconde entre las sombras. Ayer encontré una foto tuya, nunca la había visto, tal vez es reciente, pues odiabas cortarte el cabello, y en esta foto luce tan corto. Me vas a convertir en un psicópata como lo eras tú.

Ya no estabas en Riobamba. ¿Dónde estás? En esa foto se veía el mar. No es el motivo de tu desaparición, pero hay sangre en tu blusa, es algo raro, tú no estás y yo no paso en casa. Quieres hacerme creer que estás muerta, pero no dejas de crearme expectativas de que estás viva. Es tan fácil volverse loco mirando el

techo, analizando datos que no existen; y tu mamá no me deja en paz, quiere verte, sin embargo, estás muerta. Ya sal de una vez por todas de mi vida, encárgate tú misma de gritar a los cuatro vientos tu muerte, no seré el responsable de tu locura.

Hoy empaqué todas mis cosas. Ayer por la noche saqué la mayoría de mis ahorros, voy a viajar hasta que me olvide de ti. Pensarás que estoy loco o que soy un desgraciado por no guardar luto a tu desaparición, pero cuando mis mentiras se descubran, seré el primer sospechoso. Sabías tanto de mí y yo no de ti.

Ahora voy rumbo a la costa y en mi auto suenan tus canciones preferidas, en mi cabeza se escucha tu voz, ahora se oyen gritos en el cielo. Estoy enloqueciendo. Es una señal divina, soy un



ladrón, me robé tus esperanzas; perdóname, Nicole, necesito amarme, y no entiendo lo que pasa en el mundo. Eres tú la que grita, vete, quieres despertar, pero el que está vivo soy yo, ahora veo en todas partes tu rostro. Estoy tratando de manejar y no puedo, tus manos frías recorren mi cuerpo y siguen gritando que me vaya. No tiene sentido.

Alejándome del mundo, logré entrar en paz, me quedaré en un hostal con vista al mar, es todo lo que necesito. Disfrutando del viaje, han llegado más cartas, pero estas son muy directas, tienen fotos y mensajes amenazantes, son fotos de Nicole muerta, y fotos mías en mis actividades. También me quieren muerto, no sé quién será, tampoco es seguro aquí. Mi próximo destino está en los paisajes de la sierra, me iré a la capital a esconderme entre las personas.

Es muy particular esta ciudad: las personas son muy blancas, casi puedo traspasarlas, sin embargo, no es algo que pueda sentirse; estas iglesias también me impactan, se ven algo satánicas. Quizás es mi imaginación o será que como no soy muy devoto, todo lo confundo. Hay cosas que no me cuadran, yo estoy desapareciendo. Todo se está nublando. Recibí otra carta rara: los versos son tristes, y las melodías no se entienden: "Ángeles Lucen Especiales Juntando Almas Tendidas Entre sí".

No supe por qué, tan repentinamente, a mi hotel llegaron rosas con sangre. Ya no veía personas, ya no me sentía humano, y sentía cómo me expulsaban, no sabía de dónde, pero me sentía intruso; y escuché una voz muy parecida a la de la madre de Nicole llorando por su hija: "Sal, demonio". Qué raro que lo escuchara como si me lo dijeran a mí.

El cielo se hizo rojo. Aún no estaba tranquilo. Di tantas vueltas a la cama y todo resultó ser falso, pero ella sí estaba muerta a mi lado. Luego recordé que el muerto era yo, atormentando los

sueños de Nicole. Entonces empezaron a tener sentido todas esas cartas raras: ella me mató y, como si fuera poco, yo también le devolvería el favor.

Le estaba robando su alma desde el otro mundo y no tendré descanso hasta que nos amemos en la eternidad. Ella tiene que pagar por su crimen y yo tengo que amarla. Mientras siga robando su esencia viviré. Veo ángeles enojados y no me importa, seguiré matándola hasta que no quede nada de ella. De pronto despertó, ya no tenía ganas de volver a dormir, ahora tiene miedo. Ya no me recuerda. Le grité mi nombre. Traté de hablar con ella.

—¿Me recuerdas?

—No.

—Soy Tobi.

ERIC STALIN PONCE
nació en Quito-Pacto-El Paraíso, Pichincha, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa 24 de Julio. Su actividad favorita es la lectura.

La noche de los feos

Somos feos. Una inmensa cicatriz me marcó la cara por una quemadura; eso ocurrió en mi adolescencia. Desde lo sucedido, me he avergonzado mucho ante la sociedad.

Sin embargo, una noche decidí salir a conocer una chica. Me dirigí a una cafetería que tenía mucha gente y todos me miraban de forma extraña. Las mesas de aquel lugar estaban llenas, excepto una donde había una chica con la cabeza agachada. Me acerqué y saludé.

—¿Puedo acompañarte a tomar café?

—Hola, claro, adelante.

La gente también la veía raro, porque una de sus orejas no era incompleta. Conversamos, le conté por qué tengo la cicatriz marcada en el rostro; luego le pregunté:

—¿Por qué no tienes completa una de tus orejas?

Ella se puso un poco nerviosa y respondió:

—Por un accidente que tuve a los nueve años.

Después tomé su mano muy delicadamente y ella se sonrojó. Me dijo:

—Somos tal para cual.



Durante una hora y veinte minutos hablamos con mucha franqueza.

—Tú y yo podemos llegar a algo.

Ella nuevamente se sonrojó y me dijo:

—¿Algo cómo qué?

—Querernos o como tú lo quieras tomar. ¿Existe una posibilidad de estar contigo?

—Ya te dije hace un rato que somos tal para cual.

Entonces me acerqué y la besé lentamente. Me sentí muy contento y ella también. Luego me dijo:

—Ya es hora de irme.

—¿Te puedo acompañar?

—Por supuesto.

La acompañé y llegó el momento de despedirme: le di un beso muy largo y dulce. Entonces ella me dijo:

—Somos unos desgraciados felices.




ANDREA ESTEFANÍA SEVILLA
nació en Atacames-La Unión, Esmeraldas, en 1994. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa César Plaza Monzón. Sus actividades favoritas son la lectura y la escritura.

La historia de mi vida

Cuando tenía trece años, escapé de mi casa porque recibía muchos maltratos por parte de mi señora madre, lo cual me hizo “meter la pata” al huir con un chico del que estaba muy enamorada. Me parecía un sueño de princesa, ya que todo marchaba muy bien. Con el pasar de los días y los meses, empecé a recibir maltrato físico y verbal, pero como estaba muy enamorada, nada me importaba.



Al año de unir nuestros destinos, quedé embarazada. Recuerdo que en un Día del Padre, estando reunidos con toda la familia, quise darle la noticia de que estábamos esperando un hijo. Él se fue a comprar unas cervezas y en vista de que se demoraba, salí a buscarlo, entonces lo vi a él de besos y abrazos con una de mis mejores amigas. No le dije nada, sino que di media vuelta y seguí caminando, pero él me alcanzó a ver, pegó la carrera y me haló diciéndome palabras ofensivas, me alzó la mano, sacó un machete y me dio diez planazos[1] en la espalda. Me quedé sin poderme menear. De pronto, un vecino le avisó a mi mamá y ella vino con un palo en la mano, lo golpeó para que me dejara de planear. Me

1 Golpe con la parte plana y sin filo del machete.

vino un dolor inmenso en el vientre y me dio una hemorragia. Me llevaron al hospital donde me atendieron rápidamente.

Gracias a Dios, las planeadas no afectaron mi embarazo. En el hospital le dijeron la noticia. Le arrojé los exámenes que tenían la gran noticia que le había preparado por el Día del Padre. ¡Oh sorpresa: cómo se le puso la cara cuando supo la verdad! Sollozando, con lágrimas en los ojos, se acercó a pedirme perdón. Lo perdoné y desde entonces todo ha marchado bien.

Llegó el día de parir. Fui al hospital donde tuve a mi linda hija. Pensé que iban a cambiar las cosas para bien, pero fue lo contrario: empeoró la situación. Él comenzó a beber mucho, nos dejaba botadas por semanas sin tener para comer. No aguanté más y lo enfrenté diciéndole que ya no quería vivir con él por la vida que nos daba. Eso no le gustó: se enfureció y me comenzó a golpear; me amenazó: dijo que si lo dejaba, me buscaba y me mataba. Como yo le tenía miedo, aguanté cinco años de maltratos, incluso me violaba a la fuerza porque yo ya no quería nada con él.

Era tanto el sufrimiento que decidí escaparnos a escondidas, pero no fue por mucho tiempo: él nos encontró y me dio una golpiza que me dejó entre la vida y la muerte. Al pasar dos días, mi hermana me visitó y me encontró en cama por la tremenda paliza. Le dije que me ayudara buscando unos policías para poner una denuncia, sin que él se diera cuenta. Al día siguiente mi hermana me sacó de la casa con mentiras, que íbamos a comprar unas cosas para la niña y de paso curarme los moretones que se me veían; él me dio permiso y aproveché para ir a la Policía donde lo demandé. Ese mismo día fui con la Policía adonde vivía, a recoger mis cosas, y él salió insultando a todo el mundo; entonces los policías lo apresaron y así pude sacar mis cosas, incluyendo a mi linda hija.

En la actualidad vivo feliz como madre, cabeza de familia, sin problemas. Mi hija está estudiando en la Institución Educativa César Plaza Monzón, en cuarto de educación general básica, y yo estoy terminando el tercer año del Bachillerato General Unificado. Como dice el dicho: “Después de la tempestad viene la calma”.

No es que me guste contar mi historia, pero en esta ocasión lo hago para que ya no haya más Andreas, que desde los trece años tengan que tomar la dura decisión de escaparse de sus casas para no recibir tanto maltrato. Sepan que la vida de una niña es más vulnerable, pues no sabemos a quién vamos a encontrar en nuestro camino. Para que no haya más Andreas que tengan que sufrir por los maltratos y amenazas de su pareja, que un día le dio la alegría de ser madre, pero que todo lo tiró por la borda cuando la obligaba y violaba, la maltrataba física y verbalmente cuando quería. Por todo esto escribo mi historia. Espero que con esto tomen consciencia, espero que las chicas sepan que al tener marido no todo será color de rosas. Sí a la educación, sí a la vida.




ANGIE MABEL SARANGO
nació en Baeza, Napo, en 1997. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Baeza. Su actividad favorita es el básquet.

Plena juventud

Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera, pero sucedieron así. Isabel, una jovencita de tan solo dieciséis años de edad, con muchos sueños que sobrepasaban sus pensamientos de salir adelante, vivía en un pueblo muy pequeño donde se sentía muy a gusto con toda su familia. Ella siempre soñó en cambiar su vida y la de sus padres.

Todo empezó una mañana cuando sus padres tomaron la decisión de salir del pueblo en busca de nuevas oportunidades, tanto para ellos como para sus hijos. Emprendieron el viaje. Sus

planes eran llegar a la cuidad, establecerse ahí y empezar desde cero. Al principio sus hijos no estuvieron muy de acuerdo, pero con el pasar del tiempo todo cambió: se adaptaron a vivir en la cuidad. Isabel había conseguido muchas amistades con las que pasaba muy bien.

Dos años después, las cosas cambiaron definitivamente. Isabel ya no quería regresar al pueblo donde vivió mucho tiempo, se acostumbró a la cuidad y se olvidó de los seres queridos que aún vivían en él. Sus padres no tomaron esto en cuenta, pensaron que sería algo propio del paso de la juventud, y decidieron regresar al pueblo, pero no podían llevarse a sus hijos porque estaban estudiando. Esto no fue problema para su madre, pues Isabel era muy responsable, por lo que puso toda su confianza en ella. Los dejaron en la ciudad. Así, la madre los iba a visitar cada fin de semana o entre semana para ver cómo estaban. Nada era más bonito que ver el amor de la familia.

Cuando Isabel cumplió veinte años, las cosas cambiaron poco a poco a raíz de que sus padres regresaron a vivir con ellos en la cuidad. Ella había cambiado su forma de ser, ya no era la niña tierna ni sumisa de años atrás, ahora era una jovencita con más aspiraciones de las que había soñado. Había empezado a salir de fiesta en fiesta con sus amigos, pero nunca tomaba una gota de alcohol. Su madre se oponía a que saliera, ya que la ciudad era muy peligrosa, pero Isabel no medía las consecuencias.

Un día Isabel iba a ir a una fiesta a la que asistirían todos los jóvenes que ya habían salido de la secundaria, pero ella no sabía que ese día iban a pasar cosas no muy agradables. Cuando estaba por salir de su casa, llegaron a visitarla dos amigas de hace mucho tiempo, sin ser invitadas, y ella pensó en llevarlas a la fiesta, pues esa sería una buena opción para que su madre la dejara quedarse más tiempo. Así, salieron las tres de la casa, se reunieron con sus



otros amigos y tomaron el bus para ir al lugar donde se haría la fiesta. Llegaron. Había muchos jóvenes y señoritas. Entraron. Al principio a Isabela le dio mucho miedo porque había mucha gente y estaba muy oscuro.

Empezó la fiesta. Isabela bailaba a más no poder. Todas tenían pareja menos ella, por eso bailaba con los que la invitaban, que eran amigos o conocidos; sin embargo, se acercó un joven de nombre Izan. Era atractivo, ojos claros, piel canela, cabello oscuro. La invitó a bailar y ella aceptó. Pasaron las horas: no se había dado cuenta de que había bailado mucho tiempo con él. Sus amigos la habían estado buscando y ella no se había fijado ni en la hora. Ella pensó que esa noche sería la única vez que lo vería. Pasó el fin de semana y no supo nada de él, llegó lunes y se

fue a clases normalmente. Nunca pensó tener el agrado de volver a verlo a la salida, pero ahí estaba, junto a otros amigos. Isabel se sorprendió mucho.

Cada vez eran más frecuentes las veces que se encontraban. Él buscaba cualquier pretexto para poder verla. Tuvieron una amistad muy bonita. Él optó por pedirle que fuera su novia y ella aceptó. Se conocían tanto el uno al otro que pensaron que todo les iría bien, pero no contaron con que los padres de Isabela tenían otros planes. Los padres estaban tomando decisiones con respecto a la familia: la abuela de Isabela estaba muy enferma y pedía que ellos regresaran a pasar junto a ella los últimos días. Los padres decidieron regresar al pueblo y establecerse nuevamente allí. Al enterarse de esto, Isabel no lo aceptó y pensó en no regresar al pueblo, pero no era su decisión, si no la de sus padres. Al final ella aceptó al ver cómo estaba el asunto familiar.

Pasaron unos días. Ella había conversado de esto con sus amigas, pero aún no con Izan. La solución que ella encontró fue no decirle nada y solo desaparecer de su vida, pero una de sus amigas le había contado todo a Izan, quien no lo aceptó y la buscó.

Él le propuso que se fueran. Ella no sabía qué hacer. Estaba confundida, pero tampoco quería irse, así que empezaron a planear cómo se fugarían. Una noche él la fue a visitar a su casa, cuando no estaban sus padres. Empezaron a sacar la ropa y él se la llevó a su casa. Dos días después, Isabela les dijo a sus padres que ya regresaba, que tenía que salir por cuestiones de estudio, pero nunca regresó. Los padres la buscaron hasta no poder más. Pasaron varios años. Isabel e Izan reaparecieron junto con un bebé al que llamaron Aarón. Esto cambió por completo la vida de todos. Los dos habían acabado de estudiar y ambos tenían maestrías. Así hicieron realidad los sueños tan altos que ella tenía, tanto para su familia como para sus padres.




DAYANA MARITZA ORTIZ
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Belisario Quevedo.

¿Fue realmente amor?

Tengo quince años. Esta historia es sobre desamor; creo que toda adolescente ha pasado por esa etapa, en la cual te ilusionas, el primer beso, la primera caricia en el corazón, tu primer amor o primera ilusión. A mi edad no sé si llamarlo amor o ilusión, por eso me pregunto: ¿fue realmente amor? Sin embargo, puedo asegurar que sentí una explosión de sentimientos por esa persona, que no

resultó ser lo que yo pensaba, no resultó ser el chico con bonitos sentimientos que yo creía.

La verdad no me lo esperaba, ninguna chica espera ser decepcionada de la forma que lo hicieron conmigo; como me han dicho, algunas personas aparentan ser algo completamente diferente a su verdadera personalidad, y lo hacen solo para sentirse superiores o aceptados por los demás. No lo culpo, tal vez fue mi culpa por no conocerlo bien y haber aceptado conocernos más.

Él sabía que me iba a lastimar porque ya tenía familia, tenía una responsabilidad: sí, como lo lees, él tenía veinte años y una hija, el regalo más grande que te puede dar la vida; una familia que él no valoró. Él pesaba que mientras más chicas estén en su lista, más hombre era, pero no es así. No se daba cuenta del daño que podía hacer por sentirse más hombre, por alimentar su ego, para presumir con sus amigos. ¡Qué chica no ha pasado por un hombre así!

Pero nosotras también tenemos algo de culpa, nos ilusionamos siempre con la persona errónea, nos interesamos en alguien que no vale la pena. Yo me desvivía por él, siempre vivía esperando un mensaje, una llamada, que me dijera algo. Yo no sabía que tenía una familia; si lo hubiera sabido, jamás me habría fijado en él, pero en el corazón no se manda, no podemos decirle a nuestro corazón no te enamores, pues no tiene un control para que lo podamos manejar. Siempre lo veía y me decía a mí misma que él era el chico de mis ojos, el dueño de mi corazón, aun sabiendo que yo no significaba nada para él.

Con un simple hola me emocionaba como una niña chiquita a la que dan un dulce. No lo culpo: yo me enamoré sin saber la verdad, sin darme el tiempo de conocerlo, de saber más de su vida. Llegué al punto de sentirme culpable porque esa niña y su



esposa no se merecían lo que él les estaba haciendo, seguramente hasta el día de hoy no deben saber nada.

No le tengo ningún rencor. Me rompió el corazón, yo me llegué a ilusionar o enamorar tanto de él, y él ni se imagina el daño que causó. Para él fui un juego. No me quise dar cuenta, estaba ciega de amor por alguien que no se lo merecía. No quiero destruir esa familia, pero algún día esa chica se va a enterar porque no solo me ilusionó a mí, sino a varias mujeres, pero yo fui la única ciega que no se quiso dar cuenta.

Yo pensé que él me amaba, él me lo decía. Caí, sí, caí en sus juegos y me arrepiento porque yo fui la única que perdió, la única que dio todo por permanecer en esa relación. A veces inventaba

excusas para llamarlo o para que pudiéramos vernos, pero él no me dedicaba atención: lo veía diez segundos por día, sí, diez segundos porque él trabajaba: simplemente lo veía pasar frente a mi casa; tal vez ni siquiera fueron diez segundos sino cinco.

De los errores se aprende; él me lastimó mucho. Nada fue igual desde el día que decidí dejarlo porque mi corazón estaba destrozado. Sabía que él nunca iba a regresar, que iba a ser parte de mi pasado. Los días me pesaban porque él no estaba, porque sabía que, aunque él quisiera volver, no podíamos ser nada por su familia, yo no tendría el corazón para destruir esa familia, sé lo que sufriría aquella mujer, así como estoy ahora: vacía por dentro pero siempre con una sonrisa porque a la vida hay que sonreírle, aunque por dentro estemos destruidos, aunque tengamos un hueco en el corazón.

Eso fue lo que él dejó: un hueco que me será difícil llenar, pero tengo que superarlo. No entiendo cómo no me di cuenta antes con su actitud, con su forma de tratarme, no entiendo para qué me prometió una ilusión si jamás me iba a dar su corazón; solo me consuelo con saber que tal vez él me quiso alguna vez o al menos eso creo yo. Tengo que resignarme a que jamás volverá, solo me queda aceptar que siempre estuve equivocada, simplemente fue una ilusión que superaré.

Sé que este amor solo vivía en mi imaginación. Todo me recuerda a él. Lo que más me gustaba era su sonrisa, verlo feliz me llenaba el corazón, mi vida la había puesto en sus manos, creía que con él todo iba a ser diferente. Pero me tenía que alejar de él, no le di ninguna explicación, solo lo dejé, pues sus mentiras me habrían lastimado más, sabía que no me iba a decir la verdad. Solo quiero olvidarlo, quiero sacarlo de mi mente, de mi corazón, de

mi vida. Doy consejos de amor a mis amigas, pero no soy capaz de aplicarlos en mi propia vida.

La vida no se acaba por una ilusión, la vida nos pone retos, nada es fácil, tenemos que tomar decisiones difíciles, aunque a veces nos duela. El amor es algo muy bonito, lleno de fantasías, de sueños, de decepciones junto a esa persona especial. Enamórate, vive, sueña; a veces nos equivocaremos, pero de eso aprendemos, de nuestros errores. Todo a su tiempo: conoce bien a esa persona, no te dejes llevar por las apariencias. No te digo que no te enamores: hazlo, pero de una persona que realmente te merezca, que te valore y no te tome como una más, así luego no arrepentirás y no preguntarás: ¿fue realmente amor?

LEONELA MORÁN nació en Naranjito, Guayas, en 1981. Actualmente es ama de casa. Su hijo Elkin Rodríguez estudia en la Escuela Teresa Alavedra Itama.

Leonela y Marcelo

Marcelo

Hola, soy Marcelo. Fui un niño con una infancia plena y feliz, con una imaginación muy grande, lo cual la hizo más divertida. Desde lo que yo recuerdo, me encantaba tomar la leche tibia de las vacas que tenía mi mama: ¡era tan deliciosa! Después de clase tenía la obligación de ir a pastar a las vacas, que era lo que más me fascinaba. Me encantaba pasar en el monte cuidando que no se fueran tan lejos: ¡qué días tan bonitos esos!

Leonela

Hola, soy Leonela, y esta es mi historia. Mi niñez fue muy linda y feliz. Me gustaba andar en bicicleta. También le ayudaba a mi mamá en la cocina y a mi papá en la finca, donde cuidaba las vacas que él tenía. Me gustaba mucho la leche fresca de las vacas de mi abuelita.

Marcelo

Disfrutaba mucho de la escuela: aunque no era un alumno excelente, me defendía; me gustaba jugar pelota en el recreo, pero como no era muy buen jugador, solo jugaba cuando les faltaba uno para completar el equipo. Cuando lo hacía, lo disfrutaba mucho. Terminé siendo escolta del abanderado y ni yo mismo lo supe por qué, si era un pésimo alumno.

Leonela

Ayudaba en casa, pero no descuidaba mis tareas de la escuela. Disfrutaba mucho estar en mi querida escuela porque tenía amigos, de los cuales la mayoría eran mis primos. Mis maestras eran muy buenas, yo les tenía mucho cariño. Terminé la escuela con muy buenas notas y fui la abanderada.

Marcelo

Terminé la escuela y fui al colegio, con mucho temor al principio, pues extrañaba a mis amigos de la escuela. Pasaron los días y fui haciendo nuevos amigos; después de todo, encajé bien en el grupo. Para mi sorpresa, me gustaban las asignaturas que me daba cada licenciado; con mucho empeño sacaba muy buenas notas y siempre estaba en el cuadro de honor de los mejores estudiantes.

Leonela

Luego de terminar la escuela quise estudiar, pero no pude. Me gustaba el área de medicina, pero solo quedó en un sueño porque

no lo pude hacer. Disfruté mi juventud jugando a la pelota, pues teníamos un equipo de chicas en mi recinto, en el cual conocí algunos chicos que me pretendían, pero todo fue pasajero: aún no llegaba el hombre indicado.

Marcelo

En el colegio tuve en muchos líos porque me gustaba el relajo, lo cual hacía que tuviera muy malas notas en conducta, pero en aprovechamiento era muy bueno. Al fin me gradué del colegio y hasta me dieron la medalla de Mejor Bachiller de mi promoción, lo cual para mí fue muy raro; me sorprendí cuando me llamaron para darme el reconocimiento. No fui ni abanderado por las malas notas en conducta.

Leonela

Luego conocí al hombre de mi vida. Lo conocí en un tour a la playa, al que me invitó mi hermana. Nos conocimos en aquella playa, sin saber que luego nuestras vidas se juntarían para formar una linda familia.

Marcelo

Después de terminar el colegio tuve la oportunidad de estudiar en la universidad, pero me enfermé y luego ya no tuve ánimos de seguir estudiando y me dediqué a trabajar.

Todos los años, en temporada, me gustaba ir a la playa en los tour que hacían en mi comunidad. Y allí, en uno de esos viajes, conocí a una linda chica. A ella la había visto muchas veces antes y me parecía muy atractiva, pero nunca había tenido la oportunidad de conversar y saber dónde vivía.

En el viaje de regreso de la playa, pude conversar con ella y conocerla un poco más, le pedí su dirección para poder visitarla.

Leonela y Marcelo

Nos frecuentamos durante nueve meses y, al fin, hicimos formal nuestra relación y fijamos una fecha para el matrimonio. Después de un mes nos casamos: tuvimos una linda reunión por el matrimonio civil. Nos fuimos de luna de miel a la playa. Pasaron los días y empezaron los achaques, los cuales me dieron una gran alegría, pues estaba ya en camino el futuro de nuestro amor: nuestro primer hijo. Entre achaque y achaque pasaron los días y nació Alexander, quien nos hizo unirnos más aún de lo que ya estábamos. No pasó mucho tiempo y, para nuestra sorpresa, venía otra bendición más: tenía tres meses de embarazo y no nos habíamos dado cuenta. Nació Elkin: él llenó nuestro hogar con más alegría.

Pasaron trece años y decidimos unir nuestro amor con la bendición de Dios y nos casamos por la Iglesia. Ahora los cuatro somos aún más felices.

Esta es nuestra vida en un breve relato.






NAYELLY CÁRDENAS
nació en Triunfo, Guayas, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Dolores Veintimilla de Galindo. Su actividad favorita es leer.

El amor vale la pena el riesgo

Claire se mudó de ciudad apenas terminó la graduación. No se imaginaba que su vida cambiaría en todos los aspectos; vería al amor de una forma diferente, de una manera extraña y un poco extrovertida, al encontrarse con su eterno y único amor, Levi, en el autobús.

Claire estaba preparada para su primer día de universidad, en una ciudad que no le pertenecía; extrañaba mucho a su mejor amiga Tatiana. Mientras esperaba el autobús, aprovechó para mandarle un mensaje de texto a su amiga. En la segunda parada, subió un chico que la dejó impactada. Le llamó mucho la atención su forma graciosa de vestir, su camisa blanca y bolitas rojas en su cabeza; le vino a la mente los dibujos animados de Mickey Mouse. Tenía que contárselo a Tatiana porque ya no podía más de tanta risa. Activó la cámara del celular, pero no se percató de que tenía activado el *flash,* así que la luz alertó al chico. Claire estaba pálida de vergüenza, se fue la risa al ver que él no paraba de observarla. Disimular fue su mejor opción.

Claire quería que la tierra la tragara por ser tan torpe. Fue un alivio bajarse en la siguiente parada, aunque no era la suya. De ahí recorrió dos paradas más a pie para llegar a la preparatoria. Se dijo a sí misma: "Okey, Claire, solo fue un chico cualquiera, sabrá dios cuál es su destino o si nos volveremos a ver, cosa que no quisiera. No le voy a dar más importancia al asunto, voy a seguir con mi sueño, que por eso estoy aquí".

Llegó a la universidad muy contenta porque sabía que la academia haría posible todos sus sueños: ser una gran bailarina. El salón de clases estaba repleto de alumnos que tenían el mismo sueño: en la parte derecha, estaban todos los que seguían la carrera musical; y a la izquierda, los de la carrera de Claire. Se hizo amiga de varias personas hasta que llegó Mr. Robinson, quien, por lo visto, era un viejo gruñón. Dio la respectiva charla de bienvenida. Entonces Claire vio en la puerta principal un reflejo al que no le dio mucha atención, pero luego abrió los ojos hasta más no poder porque entró el chico del bus. No lo podía creer, estaba completamente helada.

Mr. Robinson lo hizo pasar diciendo que era uno de los últimos que logró obtener cupo y que lo aceptaron por su grandiosa y melodiosa voz.

—Mucho gusto, señor Levi. Tome asiento en la única banca libre.

Claire solo quería desaparecer en ese momento al ver que Levi se acercaba. Una vez sentado a su lado, le susurró:

—Señorita, me avisa cuando quiera fotografiarme para poder darle una amplia sonrisa, aunque usualmente no me dejo tomar fotos de gente que no conozco.

—Lo siento, no fue mi intensión molestarlo, señor Levi.

A la hora de descanso, Levi la invitó a pasar el receso con él y ella aceptó. Vino un silencio bastante incómodo mientras salían del salón. Levi empezó la conversación:

—Nunca imaginé encontrarte de nuevo. La verdad, ese rato quise preguntarte si soy así de guapo para que me fotografiaras o si siempre haces eso con gente desconocida.

—Si hubiera sido por eso, hasta me habría sentado junto a ti para pedirte tu número —respondió de forma sarcástica.

Levi se puso rojo como un tomate, nunca pensó que le respondería de esa forma, así que dijo:

—Cálmese, señorita Claire, solo bromeaba.

Un poco más relajada, Claire dijo:

—Por cierto, señor Levi, me encanta su camisa, ese fue el motivo de la fotografía.

Levi no se dejó intimidar; con una sonrisa le respondió:

—Vaya, cariño, compartes tu amor con las demás.

Claire no tenía palabras, se sentía ofuscada, pensaba que era un

patán, aunque se moría por él. Como no quería que él lo notara, se cruzó de brazos y quiso irse, pero Levi la detuvo tomándola por la su cintura. No podían dejar de mirarse: sus ojos transmitían solo amor. Levi le acomodó el cabello. Observándola, delicadamente se acercó a sus labios; el corazón de Claire bombeaba a más no poder. Pensó que estaba besando a un chico que apenas había conocido en la mañana, así que puso sus manos en los hombros de él y apartándose le preguntó:

—¡¿Por qué me haces esto?!

—Solo hice lo que dictó el corazón.



Claire se fue a la biblioteca. Desde ahí le llamó a Tatiana para contarle lo que había pasado. La biblioteca era un lugar tranquilo donde podía estar a gusto.

Ya en casa, Claire le contó todo a su madre, Betzie, además, le dijo que quería salir a buscar trabajo para ayudar con los gastos de la casa. Betzie dijo que la apoyaría en lo que fuera necesario, pero por el día de hoy tendría que quedarse con su hermano Cristian; ella aceptó, pero antes fue a darse una ducha.

Después, mientras conversaba mediante videollamada con Tatiana, todavía en toalla, el timbre de la casa sonó con tanta insistencia que Claire supuso que era el maestro de Cristian. Cuando abrió la puerta, no lo podía creer: era su hermoso Levi.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Claire anonadada.

—Vaya, vaya… ¿Aquí vives tú? —dijo Levi con una sonrisa amplia. No dejaba de mirarla de pies a cabeza por lo hermosa que se veía recién salida de la ducha.

—¿No me vas a invitar a pasar?

—¿Se supone que tú eres profesor de Cris?

—Pues sí. Una muy buena excusa para ser profesor, ¿no? Vengo en son de paz, debemos llevarnos bien. Discúlpame por lo que pasó esta mañana, solo quiero ser amable contigo.

Pasaron una tarde demasiada hermosa, jugueteando y dando clases a su hermanito. Durante meses disfrutaron no solo en la academia, sino también en casa. Se conocieron profundamente. El amor fue creciendo en un abrir y cerrar de ojos. Estaban perdidamente enamorados.

Un sábado, Levi la invitó a cenar, pero en realidad era una gran sorpresa: en toda la mesa había echado flores y en un cartel había

señalado cada una de las fechas que eran importante para ellos. Claire llegó a casa sin imaginar tan agradable y dulce sorpresa. No pudo contener las lágrimas al ver todo eso. Todos los días había orado y pedido que llegar el chico indicado y él lo era. Se arriesgaba a ser feliz, se arriesgaba a compartir su vida con alguien que realmente valía la pena. Aunque siempre habrá problemas, saben que deben afrontarlos. Amor es pensar en aquella persona antes que en ti misma y aceptar que la mitad de tu corazón la tendrá la otra persona, que deberá cuidar de ambas.

Claire se arriesgó. Y tú ¿por qué no?

MARÍA JOSÉ LANDÍN
nació en Guayaquil, Guayas, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato del Instituto Coello. Su actividad favorita es el ballet.

Rojita y Feroz

Se conocieron como los antagonistas de su propia historia. Para efectos de mi narración los llamaré Rojita y Feroz.

La mayoría de gente conoce este cuento: la linda niña de capa roja y su tierna abuelita que casi terminaron devoradas por el lobo feroz. No obstante, ¿se han preguntado qué pasó después de que el leñador las salvó? ¿Tienen una idea?

Aunque no lo crean, la casi víctima se enamoró de su victimario, síntoma muy común en alguien que ha pasado por estos traumas

y que según los especialistas se llama síndrome de Estocolmo. Es difícil de entender o más aún de creer. Rojita no había sentido amor, excepto cuando era una bebé. En su interior anhelaba saber cómo era ser amada como a una mujer. ¿Les parece raro? Sí, les comento que a mí también me costó asimilar está versión.

¿Rojita se enamoró de Feroz? Aún tengo mis dudas, pero he deducido que, como todos los días, ella iba por el mismo sendero y en algún lugar del camino dejó de huir y más bien comenzó a esperar que apareciera Feroz. Primero fue a escondidas, semanas después pasearon por el verde prado, meses más tarde dieron escapadas vespertinas y luego tuvieron el hábito de verse a cada rato. ¿Cuánto tiempo habrá pasado? No tengo idea, pero de que fueron muchos años, fueron muchos años, los suficientes para que la niña se convirtiera en mujer.

La historia tomó un sorprendente giro de doscientos setenta grados, no sé bien cuánto es eso, pero me suena dramáticamente matemático: Feroz desapareció y nunca más se volvió a saber de él. Hay muchas conjeturas al respecto: unos dicen que un cazador lo atrapó y lo vendió a unos tratantes de blancas, otros dicen que le dieron visa para España y los más bocones especulan que se consiguió una lobita. De esta última versión se podría decir que tiene algo de verdad, porque a Feroz le gustaban las cachorritas. Comprenderán ahora la decepción de Rojita: ella en su interior se cuestionaba:

—¿Será que no supe expresarle bien a Feroz lo que este raro sentimiento de víctima y victimario me llenaba, que luego hizo que me llegase a enamorar de un vividor y asesino de sentimientos y esperanzas?

Desconcertada por tantas versiones, decidió que lo del viaje a España tenía mucho de lógica, pues Feroz siempre quiso conocer



a su familia gitana. Un día Rojita, con el alma desgarrada, se animó a escribirle una carta, en la cual le contaba:

"Mi querido Feroz:

No te he querido escribir porque sé que está mal que me preocupe tanto por ti y tú no lo haces por mí; además, no te interesa nada de lo que me sucede y cuánto he sufrido en tu ausencia. Te cuento que he tenido muchas propuestas de jóvenes muy guapos y apasionados que me juran amor y lealtad, hasta me han propuesto bajarme la luna como si fuese tan fácil hacerlo, y ya estoy muy crecidita para darme cuenta de que la luna no es de queso. Y entre príncipes, sapos, bestias y tu ausencia, conocí a alguien más. No sé si me enamoré o me ilusioné, pero al menos él me da tranquilad, pero hay algo dentro de mí que grita muy fuerte

que tengo la necesidad volver a verte, volver a hablarte y decirte la verdad: tus garras y colmillos marcaron mi piel, cada vez que nos despedíamos en el verde bosque me dolía tener que sepárame de ti y esperar a que llegara un nuevo día para encontrarte en la tibia y espesa alameda.

Creo que hoy lo mejor es olvidarnos el uno del otro; y aunque yo fui tuya sin condiciones, te recuerdo que tú fuiste mío pero con restricciones. Por eso te prometo conservar estos locos recuerdos y te propongo que tú también lo hagas, así que cuando cualquiera de los dos cerremos los ojos, en tus pensamientos siempre estaré e iré a ti, lo mismo te aseguro pasará si yo te pienso.

A veces es mejor amar a la distancia y sufrir en silencio para no atormentar el triste corazón y tribular la angustiada alma.

Tuya para siempre.

Rojita".

Rojita terminó de escribir. Como no pudo enviar la carta, ya que descubrió que Feroz la engañaba y que no había viajado a España, la quemó en una pequeña fogata que ardió fuerte cuando al papel lo incendiaban las llamas. Y mirando cómo se consumía, Rojita le aulló tristemente a la luna de plata.




NATHALY CRISTINA POTOSÍ
nació en San Gabriel, Carchi, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato del Colegio Municipal Manuel Cabeza de Vaca. Su actividad favorita es leer.

Todo duele

La gente dice que a esta edad somos muy jóvenes para saber el verdadero significado de la palabra amor, y que mucho menos podemos llegar a sentirlo. Pero hay algo que aquellas personas no saben: a esta edad los sentimientos son más puros que en cualquier otra etapa de sus vidas. Por esa simple e insignificante razón es que cuando eres un adolescente llegas a sentir todo tipo de emociones: felicidad, tristeza, enojo, odio e, inclusive, amor.

—¿Me quieres? —pregunté. Lo miraba atentamente, analizando cada una de sus facciones, como si temiera olvidarlo en algún momento. Me detuve en su mirada, en la que noté un brillo especial que no había visto antes en mi corta vida.

—Te quiero… y mucho —dijo. Me sonrió de manera cálida, mientras sentía que apoyaba su cabeza en mi pecho—. Y tú, ¿me quieres?

—Claro que te quiero —dije. Acaricié su cabello con delicadeza. Disfrutaba cada momento a su lado, cada segundo era indispensable para los dos.

En la juventud, cada ser humano es propenso a ceder ante los sentimientos y las emociones nuevas que se experimentan día a día. A muchos, estos causan dolor, y ese dolor algunas personas lo disfrutan. Este sentimiento tiene un nombre hermoso pero destructivo a la vez: amor.

Las relaciones a esta edad son muy cortas, o al menos eso pienso yo. Duran meses o tan solo días, solo unas pocas se fortalecen y duran años. A mi parecer, aquí el tiempo no es importante, ya que es abstracto; lo que importa es cuán feliz puedes ser con esa experiencia que la vida te brindó y si has sabido valorarla para no dañar a la otra persona en el transcurso de tu descubrimiento.

Y así de rápido como toda efímera relación comienza, llega a un punto de quiebre, donde ya no es posible seguir, e irremediablemente todo tiene que acabar.

—Este es el adiós, ¿verdad? —dije. Sentí mis ojos cristalizarse. Me había encariñado mucho a él y ahora debía dejarlo ir. Ninguno de los dos quería separarse, pero nuestra situación era irremediable. No existía solución alguna. Él solo sonreía amargamente.



—Gracias por compartir un poco de tu vida a mi lado—. Acarició suavemente mi mejilla—. Te extrañaré mucho, mi pequeña—. Esas fueron sus últimas palabras. Después de decirlas, sus ojos se cerraron y su cuerpo yacía sin vida en aquella triste y fría cama de hospital. El cáncer lo había arrebatado de mi lado.

Y tan rápido como comienza, todo acaba. Entre tus recuerdos tratas de encontrar el momento que causó aquella dolorosa despedida, pero lo único que hallas son los instantes felices a su lado.

"¿Y ahora qué haré?". Esta pregunta rondaba mi mente. Recordé una tarde de invierno: el viento soplaba fuertemente y yo me refugiaba en sus brazos. Él me dijo:

—El día que yo ya no esté en este mundo, debes prometerme que harás todo lo que yo no pude: llora, festeja, viaja, vive tu vida al máximo, disfruta cada momento, cada segundo que la vida te regala. Pero sobre todo debes prometerme que serás feliz a pesar de que ya no esté junto a ti.

Ya han pasado siete años desde que el destino lo arrebató de mi vida y de mi lado. Tal y como se lo prometí, ahora soy feliz: he viajado, he reído, he vivido al máximo. Desde su muerte, cada tarde he ido a nuestro lugar favorito, un bosque que queda a las afueras de la ciudad.

Hoy, como cada día, estoy sentada en el verde pasto, escribiendo mi historia y, como cada tarde, susurrándole al viento todo lo que siento, con la remota esperanza de que mi mensaje llegue hasta su alma, donde quiera que se encuentre.




SHEYLLA JAMILETH MENDOZA
nació en Quinindé, Esmeraldas, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional Juan XXIII. Su actividad favorita es leer.

La peor y mejor noticia de mi vida

Desperté en la mañana. Los rayos de luz atravesaban las persianas, eran suaves, casi como una caricia. Me levanté y casi me caí de la cama. Siempre despeinada y distraída. Esa era yo: Anastasia Grey y tenía tan solo dieciséis años. Mi vida era tan común como la de las chicas de mi edad.

Sin embargo, un día todo cambió. Cuando llegué del colegio, me enteré que ese mismo día me iba a vivir a otra cuidad, lo cual no me llamaba la atención para nada, esa noticia no me gustaba en lo más mínimo, ya que tendría que dejar atrás toda una vida, mi infancia, mis amigos. Era la peor noticia que podría haber recibo. Desde que nací, he vivido en esta hermosa ciudad, mi ciudad.

Mis padres ya tenían hechas mis maletas y preparado todo, absolutamente todo. No me quedaba más que resignarme. Me subí al auto y en todo el viaje no les dirigí ni una sola palabra. Pasé escuchando música a todo volumen en mi teléfono, revisando mi Facebook, tratando de ignorar cualquier cosa que ellos me dijeran.

Llegamos muy tarde. Mi padre me dijo que ya me había inscrito en un nuevo colegio, en el que me presentaría mañana. Al día siguiente, me levanté de muy mal genio, sin ánimos de nada, pero me apresuré, ya que era mi primer día de clases y ya estaba tarde. Iba tan apresurada que me choqué con un chico alto, robusto y musculoso, de ojos café claro. Lo miré con enojo y le dije:

—¡¿No ves por dónde caminas?!

—Discúlpame —susurró con dulzura y entusiasmo—, no te vi. Estoy muy alegre porque hoy llega una chica nueva, es su primer día y debo enseñarle las instalaciones. Su nombre es Anastasia Grey. La imagino como una bella niña, inteligente y dulce. ¿Y tú en qué clase estás? Nunca te había visto.

—Será porque yo soy Anastasia y no puedes pensar nada de mí si no me conoces, y gracias, no necesito que me enseñes nada, yo puedo sola.

—Lo siento, no quise incomodarte. Yo soy Michael. Mucho gusto. Nuevamente discúlpame por todo, no quise darte esta mala primera impresión.



—Ya no importa. Adiós.

Caminé por el pasillo buscando mi aula, me perdí y terminé en un piso solitario y poco iluminado, donde encontré a dos chicos que estaban fumando. Solo uno de ellos se percató de que los estaba observando, pensé en salir corriendo, pero ya era tarde: él me detuvo, me agarró por la espalda muy bruscamente; intenté escabullirme y gritar, pero me tapó la boca. Luchaba con todas mis fuerzas para soltarme, pero era inútil.

—¿Adónde crees que vas? —dijo arrogantemente.

—Solo intento llegar a mi aula, soy nueva aquí, déjame ir, por favor—. Apenas pude hablar por el miedo.

—Mucho mejor: será tu estreno en este colegio.

Cerré mis ojos del miedo. De repente escuché un grito:

"¡Suéltala!". La voz me sonó familiar. Abrí los ojos y se trataba de Michael, el chico con el que tropecé al llegar.

—¿No me escuchaste? —dijo Michael—. Contigo estoy hablando. ¿Qué esperas para soltarla?

—Llegó el príncipe azul —dijo en tono burlesco.

Me empujó con fuerza hacia Michael:

—Ahí está tu princesita chillona—. Me empujó con tanta fuerza que me pegué en la boca, bruscamente, con el codo de Michael.

—Salgamos de aquí, Anastasia —susurró Michael en mi oído.

—Suéltame —dije cuando ya nos habíamos alejado de aquel lugar.

—¿Qué te pasa? Tranquila, solo trataba de ayudarte.

—Ya lo hiciste, ahora puedes irte tranquilo.

—Está bien, ya no te molestaré más. Aquella aula es la tuya.

Camine rápidamente hacia mi aula. Pedí permiso al profesor y entré. Durante todo el día me la pasé pensando en lo que había pasado y en cuánto deseaba seguir en mi antiguo colegio. Entonces sonó la campana: por fin podía ir a casa.

Cuando llegué, mi madre estaba en cocinando. Me preguntó cómo me había ido. No le respondí sino que subí directamente a encerrarme mi nuevo cuarto. Mi madre vino detrás y discutí con ella, se sintió mal y se fue nuevamente a la cocina. Pensando en mi día, me quedé dormida.

A las siete de la noche llegó mi padre. Mi madre le contó acerca de mi actitud, él subió a mi cuarto y tocó fuertemente la puerta hasta despertarme. Abrí.

—¿Qué quieres? —pregunté exaltada.

—Hija, solo quiero saber qué tienes, por qué estas así. ¿Pasó algo malo hoy?

—Todooo está mal —respondí.

—¿Por qué, hija? ¿Qué pasó? Tú no eres así.

—Todo pasó. Me trajeron en contra de mi voluntad a esta horrible ciudad.

Salí de prisa de mi cuarto y de la casa. No conocía esta nueva ciudad, no tenía amigos, no sabía adónde ir. Solo quería olvidarme de todo por un momento. En la calle encontré un volante sobre una fiesta: paré un taxi, le dije que me llevara a esa dirección. Llegué. Había música a todo volumen, había chicos bailando, conversando, besándose. Entré y me serví un trago. Minutos después se acercó un chico:

—¿Por qué tan sola? ¿No quieres un amigo?

—Sí, gracias —dije—, solo quiero olvidarme de todo.

—Encontraste a la persona indicada, solo déjate llevar —me respondió con una enorme sonrisa pícara—. ¿Me dejas invitarte un trago?

—Sí, claro —respondí.

—Espérame aquí, ya regreso con tu trago.

Estuve varios minutos sola, muchas cosas pasaron por mi cabeza. Llegó el chico con una jarra.

—Llegué —me dijo con un tono extraño—. Aquí está lo prometido.

—¿Qué es?

—Como ya te dije, solo déjate llevar —dijo mientras me servía un vaso de aquella jarra.

Tomé varios vasos. Me invitó a bailar y no sé por qué accedí, era algo que nunca había hecho porque no me gustaba en lo más mínimo. Así pasaron varias horas hasta que empecé a sentirme demasiado mareada.

—Vamos a sentarnos, me siento mareada —le dije.

—No pasa nada, es normal —respondió.

Me llevó de la mano hasta una zona apartada de la fiesta. No sabía qué estaba haciendo, qué estaba pasando. Él comenzó a besarme e intentó tocarme, pero se lo impedí.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que te dejes llevar? —dijo con un tono áspero.

—Quiero irme. Suéltame —dije agresivamente.

—Estás conmigo y de aquí no te vas hasta que yo quiera —dijo mientras me arrinconaba bruscamente en la pared, besándome.

No pude impedírselo: estaba tan mareada que a duras penas podía mantenerme de pie. De repente, alguien empujó al chico, me tomó entre sus brazos como un bebé y me llevó hasta la terraza. Era Michael.

—¿Estás bien? —pregunto—. ¿Dónde vives? No estás bien, déjame ayudarte.

—¿Por qué haces todo esto por mí? Me acabas de conocer hoy y te he tratado como a un perro.

—Porque no puedo dejar que nadie te lastime, es mi obligación cuidarte

—Solo lo haces por obligación.

—No —me interrumpió.

Ignorando su interrupción, dije:

—Pensé que era algo más, no es tu obligación hacerlo, así que vete, no tienes por qué hacerlo. ¿Cómo pude pensar que un chico como tú se podría fijar en alguien tan miserable e inservible como yo, que no hace más que meterse en problemas?

—Estás loca. Eres una chica increíble. Sí, es verdad, acabo de conocerte, pero desde que te vi me atrajiste emocionalmente,

me pusiste nervioso al verte, fue por eso que tropecé contigo, algo que jamás me había pasado. Desde ese momento sentí que tenía que cuidarte. Eres una niña, sí, una bella niña, dulce, hermosa tanto física como emocionalmente, a la cual no puedo permitir que nadie le haga nada. Ahora eres mi niña. Quieras o no, te cuidaré —dijo con un brillo en los ojos, con un entusiasmo triste—. Cuando llegué y te vi besándote con aquel chico, sentí que se me cerraba el pecho, pero no me importó si era tu novio; no sé qué sea para ti, pero no voy a permitir que nadie se aproveche de mi niña, de mi princesa, y mucho menos en este estado.

No sabía qué hacer ni que decirle. Él me gustó en el momento que lo vi, por eso lo traté tan mal. Me acerqué más, lo abracé y le pregunté:

—¿Qué quieres decir con todo esto?

—Que me encantas, que te quiero, que te voy a cuidar aunque no quieras.

—Tienes los ojos más bellos que he visto.

Cerré mis ojos y lo besé.




AMANDA BEATRIZ PINTO
nació en Ibarra, Imbabura, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Natalia Jarrín. Su actividad favorita es ver anime.

Un amor corto en la Tierra, pero eterno en el corazón

Basado en la vida de Rosa Rodríguez y Gorki Villalba

No todas las historias tienen un final feliz o quizá tenemos distintas percepciones de lo que es felicidad y tal vez el amor solo es eterno cuando perece en su punto de esplendor.

Y hasta quienes lo vivieron pueden llegar a pensar que se trata de una ilusión, un sueño o hasta una bella pesadilla.

Durante mis años de juventud lo conocí: un joven alto, de tez blanca y una mirada tan seria y profunda que, con el tiempo, me envolvió como las aguas de una laguna tan profunda, que tenía miedo de perderme en ella. Pero esto no lo noté a primera instancia, al contrario, no le había prestado mucha atención, ni siquiera me imaginé que él se convertiría en la razón de mis desvelos, de mis suspiros, mi distracción, mi más bonita casualidad y la razón de mi sufrimiento.

Fue su prima y amiga mía, Cecilia Montesdeocoa, quien nos presentó durante las bodas de oro del matrimonio Montesdeocoa; por supuesto, él estaba ahí como invitado y yo, en cambio, como parte de mi trabajo como sirvienta. Tras haberlo conocido, no puedo decir que haya robado mi corazón, pero al parecer yo sí el de él. Los días siguientes me esperó afuera de la iglesia, todas las tardes, incluso entraba a la iglesia para asegurarse de no esperar en vano, a pesar de que su religión no era católica.

Me di cuenta de su presencia desde el inicio, pero no creí que fuera yo la razón, quizá visitaba a alguien más. Entonces empezó a seguirme y ver por dónde caminaba. Debo admitir que fue incómodo, pero luego me acostumbré a su presencia. Me preguntaba por qué no se atrevía a hablarme en lugar de solo observar. Hasta que un día lo hizo. Cuando me dirigió la palabra, la imagen de hombre tímido y receloso que había creado en mi cabeza se difuminó; su voz fue gruesa y su mirada firme y seria, pero con ligeros toques de ternura para evitar intimidarme; sus palabras fueron tan claras y concisas que hasta la fecha mi memoria las recuerda:

—Permítame acompañarla.

Accedí después de titubear por unos minutos. En el corto camino que había desde la iglesia hasta mi casa, apenas cuatro cuadras, hablamos y hablamos hasta llegar a la puerta de mi morada, donde se despidió. Mi corazón se sentía cautivado y frenético por el momento. Mi cercanía con los hombres era escasa, a pesar de haber crecido con cuatro hermanos. No lograba hablar con altivez ante un hombre, quizá por miedo a las personas de la época, que eran extremadamente conservadoras, quizá inventarían rumores al vernos. Fue así como los encuentros "casuales" a la salida de misa se volvieron una rutina de cortas visitas y charlas.

Un día me pidió conocer a mi madre y para presentarse formalmente, pero a ella, doña Juana Freire, no le conmovió ni le hizo gracia saber de su existencia. Durante todas las visitas que él le hizo, ella se mostraba molesta e indispuesta a hablar sobre mí con él. Con el tiempo, él me reveló que sus intenciones eran pedir permiso para contraer matrimonio conmigo, pero al ver cerradas las puertas de las posibilidades, me lo propuso. Desde luego, ambos éramos personas con la mayoría de edad y con un sentimiento en común.

No puedo decir que mi boda fue la más pomposa, pero me quedé complacida con ella: mis expectativas, dada mi posición económica, no eran muy grandes, con que él me amara era suficiente para mí. Mi matrimonio fue como un episodio de un cortometraje: fue en la tarde, él había llevado a un testigo, que era su maestro de zapatería, y yo llevé a Cecilia. Me habría encantado casarnos en la iglesia, pero por su religión y por la desaprobación de mi madre, tuvo que ser únicamente ante la ley y en mi corazón. Él sabe que fue también ante los ojos de Dios.

Tuvo que pasar algún tiempo para que viviéramos juntos, fue cuando mi mamá se entró de que me había casado. Aunque en



aquel momento dijo que había dejado de ser su hija y que por más dolor que le causara, también dijo que lo correcto era que empezara a vivir con el hombre que había elegido para toda mi vida. Pensé que se abriría un capítulo de felicidad en mi vida a partir de ese momento, pero también tuvo muchas trabas, entre ellas la madre de él. Mi suegra me desaprobaba, ella había querido que él se casara con otra mujer, de nombre era Elvia, que tenía una hija de él. Tal fue la presión de su madre que para no tener que vivir en resentimientos viajamos a al oriente. Él trabajaría en una compañía de taladores. Así empezamos una nueva vida, lejos de los problemas, pero quizá por huir de ellos caímos en uno más grande o quizá así estaba escrito y era la voluntad de Dios. Cuando llegamos al Puyo, me quedé con mi hermana y él se embarcó, el 14 de enero, para adentrarse a la selva y trabajar como talador.

El 15 de enero una avioneta lo llevó a la profundidad de la selva y no supe de él hasta que el 2 de febrero me llegó una carta que adjuntaba el cadáver y un informe de lo que había pasado.

Había sido durante el trabajo: el armazón de un árbol le cayó encima y murió con derrame interno. En ese momento sentí que el mundo se me caía a pedazos, mi corazón se partía una y otra vez. Sumado a eso, yo no tenía ni siquiera para saldar los costos del sepelio; además, estaba embarazada y tenía una pequeña de apenas diez meses.

Tras el funeral, me llegó una carta de él: había sido escrita el 24 de enero, cinco días antes de su muerte. Tan lento era el servicio postal que me llegó después de su cadáver. Esa carta me decía, con instrucciones claras, lo que debía hacer con el primer sueldo que me enviara, me decía cuánto me amaba y firmaba con una despedida: “Siempre suyo, Gorki Horacio”.

Pero ahora, en la vejez, ya no quiero deshacer el tiempo que pase con él ni borrar todos los momentos para olvidar y no sufrir, porque, de cierta forma, gracias a él, mi vida es ahora lo que es y estoy segura de que cuando llegue mi hora de partir, él estará esperándome con los brazos abiertos para darme todo el amor y ternura que el tiempo nos arrebató.

MARÍA DANIELA UQUILLAS
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Capitán Edmundo Chiriboga.

Amor de campamento

Este será el relato del mejor día de mi vida. ¿Qué es lo que lo que tuvo que pasar para convertirse en algo tan importante para mí? Simplemente puedo decir que fue la mezcla de las cosas que realmente me hacen sentirme feliz: ir de campamento, viajar con mis amigos y sobre todo pasar junto a la persona que me gusta. Sí, aunque parezca algo tonto o cursi, son las cosas que hacen que

me sienta bien y me hacen olvidar de la presión de todos los días. ¡Todo lo que me gusta en un solo campamento!

Lo que más me gustó fue saber que él iba a ir, y cuando digo él, me refiero a la persona que me gusta. Aunque para el resto parezca algo insignificante y que piensen que son cosas de una típica adolescente, en realidad no fue así, porque para mí fue mucho más, ya que soy de las personas a las que les cuesta demostrar sus emociones o sentimientos, de las que parece que ni las tenemos, pero en realidad por dentro somos otras personas.

La noche anterior, antes de viajar, yo estaba realmente ansiosa, ya quería que llegara el día tan esperado. Me estaba preparando, procurando tenerlo todo y no olvidarme de nada. Casi no pude dormir esa noche, y como tenía que levantarme muy temprano para viajar, me recosté en mi cama con los ojos abiertos, en la oscuridad de mi habitación, y me puse a pensar qué es lo que sucedería mañana: ¿por fin tendría lo que quería o sería como siempre?

Entonces llegó el día. Me dirigí adonde quedamos en encontrarnos, sabía que estarían muchas personas, entre conocidos y no conocidos. En mi mente pasaban un montón de cosas. Sin darme cuenta, ya había llegado. Sí, ahí se encontraba él, fue el primero al que vi o, mejor dicho, el primero al que quería ver.

Mientras caminaba hacia donde estaban todos, algo raro me sucedía: estaba temblando y mi corazón latía rápidamente, me sentía a solo un paso del desmayo. Eran nervios y ansiedad, ¿verdad? Algo normal, creo yo, sobre todo algo normal en mí. Me quede en *shock*, no sabía qué era lo que hacía.

Todos nos subimos al bus, lo que más quería era poder pasar junto a él, pero era casi imposible. Aunque parezca muy exagerado, era como si todos conspirasen para que no nos acercáramos, pero cuando se daba la oportunidad de coincidir era tan genial y divertido; eran pequeños momentos que valían la pena, en verdad.

Pasaron muchas horas para poder llegar al lugar donde acamparíamos. Lo más difícil para mí fue bajar un sendero realmente inclinado; lo que ponía más dificultad era el camino de tierra y nuestras maletas pesadas. Imagino que lo que nos reconfortaba a todos y nos hacía seguir era ver la hermosa vista, ¡y cómo no!, si el lugar en el que nos encontrábamos es uno de esos que está tan cerca, pero no se sabe que existe. Esto hacía que siguiera adelante sin importar las caídas y los golpes. Al final todo iba a valer la pena.

Cuando por fin llegamos al lugar donde exactamente acamparíamos, no lo pude creer: estábamos tan cansados que empezamos armar todo para la noche, y cuando todo estuvo listo, nos fuimos a divertir: hicimos kayak, jugamos al rescate de la bandera… Antes de que se pusiera el sol, entramos todos en una carpa y empezar a escuchar música, pero lo mejor para mí fue que el chico que me gustaba se acostó a mi lado. No podía creerlo. Mientras todos cantaban, nosotros conversábamos como nunca. Fue uno de esos momentos que no deberían acabarse nunca, pero como todo lo bueno se acaba pronto, así fue: justo en el momento en que todo iba bien, nos llamaron para ir a la fogata.

De camino iba pensando que la fogata sería el momento más adecuado para poder acercarme más a él, para que me llegara a conocer y yo más a él. Pero nos alejábamos más, sin poder estar cercar el uno del otro. Entonces me rendí, no iba a pasar nada. Solo me senté al lado del calor de la fogata, viéndolo a través del fuego, pensando por qué me gustaba tanto: no sabía si era su forma de ser o era su sonrisa, ya que es de esas personas que cuando sonríe hasta el más triste se alegra, o quizá era que cuando estaba junto a él me sentía segura y en mi zona de confort. En serio: no sabía qué es lo que él tenía para que yo estuviera como estaba.

En ese momento me dije a mí misma que debía disfrutar de lo que quedaba de la noche, así que me fui adonde todos estaban contando

anécdotas e historias, y gracias a eso me olvidé todo lo que estaba sucediendo, de la frustración que tenía por no ser capaz de decirle nada al chico que me gustaba. Empecé a disfrutar cada segundo que me encontraba ahí. Quería que esa noche se hiciera eterna porque aunque fuera a la distancia, nuestras miradas se cruzaban.

Cuando amaneció, el sueño se había acabado, ya que debíamos regresar. Poco a poco, subiendo lo que ahora era una cuesta muy inclinada, pasaban en mi mente los nuevos recuerdos que ahora tenía de la noche, ahora ya solo ya eran recuerdos. Después de subir, nuevamente muy agotados, nos subimos al bus. Sentados, queríamos descansar y dormir un poco. Yo solo me senté, cerré los ojos y me puse a analizar qué había sido lo más difícil para mí: ¿bajar y subir todo eso con la maleta muy pesada o llamar la atención del chico que me gustaba? El día perfecto para mí se volvió en un problema existencial que debía afrontar.





LILIANA VICTORIA BRAVO
trabaja en la Escuela Osvaldo Hurtado.

La mujer epiléptica que siempre fue emprendedora y trabajadora

Había una vez, en el pequeño cantón Milagro, una niña muy bonita, risueña, juguetona y trabajadora. Su nombre era Liliana y había nacido el 12 de noviembre del 1978. Era de piel blanca, alta, bella y muy ingenua. Era la hija mayor de tres

hermanos: su hermana Rosa, un año menor, y su hermano Carlos, seis menos que ella.

Sus padres eran personas muy pobres, humildes, sinceras y bondadosas: su papá se llamaba Carlos, era comerciante minorista y tenía el vicio del alcohol y la droga, lo cual no permitía el progreso económico de su hogar. Su madre, Amelia, era una mujer del campo: bella y muy dedicada a su hogar y a sus hijos, pero por las irresponsabilidades de su esposo, tuvo que trabajar para ayudar económicamente en la casa. Vivían en la casa de su abuela paterna, Victoria, la cual tenía un carácter muy fuerte y los martirizaba cada vez que el papá compraba algo para el hogar.

A los catorce años, Liliana conoció a un joven simpático, inteligente, de piel canela y ascendencia china. Fueron novios seis años: él fue el caballero de sus quince años. Como sus padres lo aceptaron, contrajeron matrimonio, pero ella nunca se imaginó las lunas de hiel que él le iba a hacer pasar, pues antes había sido muy cariñoso, atento y preocupado por ella. Al casarse, él sacó sus garras: era muy celoso, orgulloso, tacaño, machista y mujeriego.

Al mes de casada, quedó embarazada. Tuvieron a su primer hijo, Steven; ocho años después nació el segundo: una mujer, Melany. Cuando ella tenía cuatro meses de edad, Liliana se enteró de una infidelidad de su esposo y decidieron divorciarse por mutuo acuerdo. Ella se quedó con la casa y la niña, y él se quedó con la moto y el niño.

Un año y medio después, él le pidió perdón y le dijo que quería volver. Ella lo perdonó y así tuvieron a su tercer niño: José David. Parecía que todo iba bien, pero tres años después de la reconciliación, él obtuvo el título de maestría y ganó el concurso para ser rector de un colegio, donde conoció a una docente de inicial, con quien se relacionó. A los seis años y medio de haber regresado, terminaron definitivamente. Fue muy duro para ella y



sus tres hijos, sobre todo porque con un juicio le quiso quitar sus dos hijos menores, de seis y nueve años, y la casa, además de que no quería pasarle ni un centavo.

A pesar de su discapacidad, cuatro años antes, Liliana se había inscrito en el programa Quiero ser maestro, con el que logró obtener el nombramiento con la condición de obtener en dos años el título de tercer nivel. Terminó sus estudios superiores y se graduó como Licenciada en Educación Inicial a Distancia, en el horario de sábado y domingo. Fue buena alumna y tuvo buenas notas. En esa época él la instaba a que estudiara para así tener más libertad para estar con su amante. Porque Liliana lo amaba, jamás se imaginó que él la utilizaba como su empleada y su gallina de huevos de oro, pues adquirieron un carro nuevo, del cual ella pagaba la mitad de las cuotas mensuales.

Gracias a la bendición de Dios, ella puso todo de su parte para coger fuerzas, ganas y voluntad, así pudo pasar la tormenta y darse cuenta de que las mujeres con discapacidad pueden salir adelante, incluso sin la ayuda de su pareja o de los seres que la rodean. Ella pudo estudiar, graduarse, luchar por sus hijos, superarse y desenvolverse en un trabajo. Luchó para que no le quitaran a sus hijos menores y lo logró. Cuando su hijo mayor cumplió la mayoría de edad, no quiso meterse en la vida de sus padres y decidió ir a la Marina.

Esta historia la ha escrito ella mismo para que los lectores la tomen como experiencia, pues a veces no es bueno confiarse de lleno en los demás; asimismo, para la escribió para que sepan que es necesario querernos a nosotros mismos antes de querer a otros. Las personas con discapacidad, sea cual sea, pueden y podemos desear, luchar y salir adelante, siempre escuchando los consejos y analizando cada segundo de vida que se cruza por nuestro camino, teniendo a Dios siempre presente.




ELIANA DENISSE MACÍAS
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Particular Mixta Julio María Matovelle.

El amor que vino del pasado

Las preciosas luces de los fuegos artificiales desaparecían después de unos segundos, las campanas sonaban al ritmo de una canción que se escuchaba a lo lejos. Escuchando a la multitud, las lágrimas comenzaron a fluir. La mano cálida que me había sostenido se había esfumado, y junto a él, las ganas de amar.

Amor, ¿qué es el amor? Una palabra que se refiere al conjunto de emociones que una persona siente al ver a alguien o que se relaciona con algo que ya no existe. Eso era lo que pensaba, pero hubo alguien que, con su voz chillona, me dio la contra, y ese alguien tenía un nombre: Andy.

De cabello castaño, piel blanca, ojos grandes de color café, Andy era un niño que vivía cerca, alguien que era un personaje secundario en mi vida. El con su voz aguda cambiaba las perspectivas, transformándolas en bellos recuerdos que se añoraban en el transcurso del tiempo, o eso es lo que decía mi abuela cada vez que el mocoso llegaba y robaba toda la atención. Teníamos la misma edad, la edad de los juegos: cinco años.

En mis días libres acariciaba a mi gata siamés, comía helado y trataba de enseñarle cosas nuevas a mi hermana de tres años. Prácticamente pasábamos solo las dos en verano en esa enorme casa de color celeste. Nunca nos sentimos solas, porque siempre llegaba la vecina con su enorme sonrisa y nos invitaba a comer en su casa, en la que vivía el niño que no era de mi agrado. Aun así me sentía feliz por tener un lugar cómodo en el que se escuchaba, todos los días, música alegre, además de que tenía un aroma a fresas que envolvía.

Aquello no duró mucho, ya que el odio que se tenían mis padres iba creciendo rápidamente, hasta que llegó el fatídico día del divorcio y las opiniones de mi hermana y mías quedaron en el olvido, lo que dejó nuestras emociones encadenadas. Nos separaron a la edad de nueve años. Tiempo después se vendió la casa. Mamá y yo nos mudamos a un departamento en el centro de la ciudad. Atrás dejamos los recuerdos felices y el lugar donde era bienvenida.

Al crecer sin ninguna muestra de cariño, me volvió una persona fría e inexpresiva, la niña soñadora que corría por los pasillos había desaparecido; ahora era una adolescente de dieciséis años que estudiaba en preparatoria, sin un futuro fijo. Como mi madre era diseñadora, viajaba a diferentes países y al regresar traía un regalo, como si eso pudiera compensar su ausencia.

Un día que creí que sería normal, mi abuela me llamó para invitarme a una reunión familiar:

—Cariño, no te he visto desde hace tiempo, ya sabes que la anciana de tu abuela desea verte, así que no rechaces la invitación —dijo con una voz suave y cálida, que me hizo recordar cosas que creí haber dejado atrás. No estaba dispuesta a rechazar la oferta: hice mis maletas y al día siguiente me dirigí a su casa.



Recorrí las praderas. A lo lejos se podían distinguir algunas casas y grandes árboles al extremo del camino me traían dulces recuerdos y la tranquilidad que me había sido arrebatada de pequeña. Estaba regresando. Al llegar me quedé inmóvil delante de la casa, analizándola cuidadosamente para no olvidarla. Al entrar, mi abuela hablaba plácidamente con familiares que reconocía por fotos; a su lado, un sujeto que se me hizo conocido me veía y luego se levantó; al verlo fijamente me sonrío, estiró su mano para saludar. Al escuchar su voz una palabra salió de mi boca algo reseca:

—Andy.

Al escuchar su nombre, se rio y dijo el mío con completa convicción, como si fuera un deleite pronunciarlo. Él era mucho más alto y robusto, pero yo decidí no mostrarme impresionada por el gran cambio, así que caminé directamente adonde mi abuela, ignorando su mirada penetrante. Deposité un beso en la mejilla de mi abuela y me retiré a la habitación que se me había preparado.

Me acosté en la cama y absorbí su aroma a flores y sábanas suaves. Las paredes con dibujos, insectos extraños, largos campos y amables personas eran las cosas que más me encantaban de pequeña.

Enseguida lo vi trepar por la ventana. Algo asustada me incorporé: aunque me encontraba en el segundo piso, eso no había sido obstáculo para él. Al ver su tonta sonrisa suspiré: seguía siendo el mismo mocoso de ese tiempo. Se sentó en el suelo, viéndome en completo silencio. Yo volví a suspirar.

—¿Qué haces aquí? —dije con tono molesto, tratando de dar a entender que su presencia me molestaba. Él se levantó con suma rapidez y, acercando su rostro, me dijo:

—Yo deseo conocer a la Suki de ahora, si no es mucha molestia.

Giré tratando de ignorarlo, pero agarró mi mano y me llevó afuera de la casa.

—¿Qué haces?

—Es aburrido estar sola en tu cuarto. Debes tomar algo de aire fresco o ¿es que ya eres alguien de la ciudad?

Hice una ligera mueca, agarré algo de lodo y se lo lancé a la cara. Él volteó con una ceja levantada, agarró lodo y comenzó a perseguirme por todo el lugar. Al tratar de esquivarlo, terminé cayendo; entre risas cayó a mi lado. Una risilla salió de mis labios: hacía tiempo que no me divertía. Él viró su rostro diciendo suavemente:

—Qué bueno que la niña que tanto amaba sigue siendo la misma.

Yo me quedé callada por unos segundos. Lo vi mientras él se reía otra vez.

—Han pasado siete años y te sigo queriendo con la misma intensidad que la primera vez que te vi —dijo.

Mis mejillas ardieron con intensidad. Traté de levantarme, pero me tenía cautiva con su mano, me solté bruscamente de su agarre, me levanté y me dirigí a mi habitación a tratar de tranquilizarme. Algo robó mi atención. Dejando a un lado mis pensamientos, lo entendí: era su sonrisa, seguía siendo la misma. Sus ojos seguían siendo curiosos. Lo único que había cambiado era su estatura.

A partir de ese día comenzamos a recuperar el tiempo perdido e hicimos felices recuerdos. Los días transcurrían viendo luciérnagas, jugando en el río, montando caballos. El mocoso que no me agradaba ahora era alguien cercano y a la vez querido, alguien que me sostuvo la mano e hizo que en mí florecieran sentimientos que no había sentido antes.

Al terminar esos días de alegría, en esa bellísima pradera, nos separamos, pero mantuvimos contacto; no importó la distancia ni el tiempo: todo se podía gracias al gran cariño que nos teníamos.

Un día, en la mitad de la noche, él llegó cantando, con un sin número de flores en su mano. Mi madre me sonrió y, dándome un beso en la mejilla, se retiró a su habitación. El joven no se había dado por vencido con lo de ser solo amigos. Yo, algo risueña, decidí hacerle la misma propuesta que me había hecho tiempo atrás:

—¿Quieres ser mi novio? —dije con completa convicción.

El chico me vio fijamente. Algunas lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas. Con una sonrisa me dio el sí enseguida. Así fue cómo el 3 de noviembre pasó a ser mi día favorito.

Sonreíamos, nos enojábamos, llorábamos. Él era mi acompañante en películas de terror y yo era su acompañante a la hora de comer pizza. Mi familia festejó el día que supieron que éramos novios, al igual que la suya.

Amaba todo de él, hasta sus imperfecciones: su cálida sonrisa, su cabello sedoso, lo sincero que era. A veces pensaba que todo era un sueño, pero era lo contrario.

Lo malo fue que nadie pudo predecir cómo terminaría este amor idílico, cómo acabaría él y cómo acabaría yo. Estábamos cruzando la calle y, en un abrir y cerrar de ojos, me dio un fuerte empujón para salvarme del camión que apareció de la nada. Él me salvó la vida a costa de la suya.

Ese día lloré como nunca antes lo había hecho, no lo superé ni lo superaré, ya que para mí solo estará él, pero, por lo menos, ahora puedo ver hacia adelante, pues fue él quien logró que mi mundo se moviera, y no quero que eso haya sido en vano.




JENNY PATRICIA CORTEZ
nació en Quito, Pichincha, en 1982. Trabaja en la Unidad Educativa SEK. Su actividad favorita es leer.

Destellos de luz

Mientras avanzaba ocasionalmente vi breves destellos de belleza.

Jonas Mekas

Cada día, la ternura hilvana una delicada sensibilidad en los conciertos exclusivos de un violinista no vidente y su princesa de voz encantada. Imaginen el ilustre espectáculo que representa ver una enorme silueta opaca llamada Román y una hermosa dama

que, con su voz, dibuja un alma en los labios al subir a su escenario preferido: el bus.

Ninguna ciudad en el mundo luce la elegancia con la misma sobriedad que Quito, una urbe cuya forma se asemeja a la de un precioso corbatín, que configura un montón de cosas y casos. Así, por ejemplo, la división en la parte más angosta del corbatín separa el norte del sur, y como en casi todos los lugares del mundo, en el sur estamos todos los pobres. Creo que hasta la ciudad misma ayuda a que las clases sociales nunca se toquen.

Fue esta característica de la capital del Ecuador la que me asignó un amigo, un compañero, una mano eterna. Cuando hablo de Román, un nudo en la garganta distorsiona el sonido habitual de mi voz. ¡Qué le vamos hacer!, si así es él, un ser que presiente mis movimientos, su alma me guía, me construye realidades paralelas en el gris y violeta de San Francisco. A lo largo de todos estos años, he llegado a pensar que se escapó de un libro tras pelear con gigantes que mueven sus brazos, cual molinos de viento, y me rescató de una realidad disonante en un día lluvioso.

—¿Princesa, te subes a mi sueño?

Princesa me llama, *bella* me dice y me encanta porque él me mira desde el alma. Jamás suelta mi mano, siempre dibuja para mí colores con su paso calmado. A veces siento que no necesito ver. ¿Para qué? Si puedo soñar con cientos de formas y texturas. No sé qué parte del sueño me gusta más: si cuando despierto a su lado o cuando duermo en medio de sus brazos.

A menudo subíamos a la Matovelle, donde, desde el filo del viento, nos gustaba gritar que nos queríamos, que nos fue mal, que el día empezaba; en fin, gritar y ver la reacción de la gente. A veces los guambras del Mejía[1] se convertían en nuestro selecto

1 El Instituto Nacional Mejía es un colegio secundario público de Quito.

público, a ellos les gustaba que cantáramos la canción del Che. Pobres guambras soñadores, tenían la rebeldía de épocas pasadas, tiempo en que la lucha social se gestaba desde guagua, porque el dolor de no tener nada hacía que la educación fuera la única promesa de una vida mejor.

Y es que, como un robot de cartón, Quito camina hacia la modernidad. No me gusta hablar de las cosas malas o las cosas tristes que me han pasado, en realidad quiero que mi relato repare al mundo, igual que hace Román con las cuerdas de su violín. Qué gratos recuerdos mi memoria ha traído hoy, dulces remembranzas como las colaciones. ¿Qué son? Unas golosinas de colores, típicas entre los guambras de mi tiempo.

Mi mamá tenía una tienda en el centro y yo le acompañaba todos los días —qué más podía hacer—, sola en la casa no me iba a quedar. Así aprendí a reconocer los billetes: eran lindos los de ese tiempo, sucres se llamaban en honor a un militar que luchó por la independencia de estas tierras.

Mi mamá me decía que el billete de cinco sucres era rojo y precisamente tenía la figura de Antonio José de Sucre. El que me gustaba más era el de veinte sucres, porque tenía la iglesia de La Compañía, cerquita de ella estaba nuestra tienda. Me gustaba imaginar que en el billete aparecía la tiendita de mi mamá. Sería por el valor, pero a mi mamá le gustaba más el de cien sucres: decía que en ese billete de color gris estaba la figura de Simón Bolívar, imponente y grande.

A nosotras nos gustaba que don Raulito nos prestara libros para pasar leyendo todo el día. Una vez nos prestó un libro del mismísimo Eugenio Espejo. El libro decía que él era una eminencia en todo y que uno de sus estudios había sido importantísimo para la infectología. Pero no solo eso, también había sido periodista y

uno de los ideólogos de la independencia. Por todas esas cosas Eugenio Espejo aparecía en el billete de quinientos sucres.

A mi Román le gustaba más el de mil sucres, en ese aparecía el general Rumiñahui: un valeroso inca que ante la amenaza de muerte de Atahualpa, escondió uno de los tesoros más buscados por los ambiciosos colonizadores. ¡Ay, qué tiempos!

No cuento de los demás billetes porque era muy raro encontrarlos. Mi mamá decía que casi nunca llegaba a ver a don Juan Montalvo, en el de cinco mil; o a su enemigo García Moreno, en el de veinte mil. Muy de vez en cuando se podía ver el de cincuenta mil sucres, con la figura del general Eloy Alfaro, liberal que luchó por la educación laica, que se le recuerda por la construcción del ferrocarril y, claro, por su trágica muerte.



Román era el hijo de don Raulito, el dueño de la librería de segunda mano que estaba ubicada a tres casas de nuestra tienda. Un día vino con ese famoso billete para pedir que lo cambiáramos. Mi mamá le dijo que no teníamos para cambiarle, pero pidió el billete para contarme cómo era. Mi Román desconfiado no se lo dio, más bien prefirió describirme la forma del billete. Lo hizo con tantos detalles que por un momento pensé que él si podía ver.

¿Ha escuchado la frase "Ciego guiando a otro a ciego"? Esa es literalmente mi vida. Con mi Román aprendí que el mundo camina mejor a un ritmo lento, así se conoce más a la gente. Desde guaguas nos gustaba oír pasillos, por eso ahora son melodías incorporadas a nuestros recuerdos más felices. Cuando los catábamos en los buses, no me importaba el montón de personas que estuvieran cerca, mi Román siempre me los cantaba a mí.

Antes, la gente debía pedir permiso para conversar; que una pareja saliera a pasear era casi imposible. Sin embargo, nuestras familias se conocían de años y eso facilitaba un poco las cosas. Así, Román primero fue mi mejor amigo, una persona que conocía bien hasta el último de mis secretos y que, además, sabía lo que era enfrentar la vida con las luces apagadas.

El tiempo nos fue pasando y los años, de pronto, se nos vinieron encima. Las personas que más amábamos en el mundo se pusieron débiles y luego se convirtieron en estrellas brillantes. Hasta ahora nos gusta pensar que mi mamá y don Raulito, el papá de Román, viven en las nubes y desde allí todos los días nos cuidan.

Literalmente sin saber leer ni escribir, nos quedamos a cargo de dos negocios prósperos en el centro de Quito. Pero claro, los vivísimos abundaron al ver dos personas buenas e inocentes como Román y yo. Unos vecinos nos convencieron de vender ambos negocios y vivir de las regalías, plata que, por cierto, iba a estar segura en el banco. En cierta forma y durante algún tiempo así fue

así. Los del banco, muy cumplidos, pagaban nomás un dinerito, nada malo. Román y yo decidimos comprar una casita y, poco a poco, ir pagando. La mejor época de nuestras vidas, vivíamos tranquilos con lo justo. Pero luego las cosas fueron cambiando, se escuchaban varios rumores de que nuestro banco pronto estaría en quiebra. No creímos y mientras todos retiraban sus ahorritos nosotros, confiados, no hicimos nada.

De pronto los millones de sucres del banco se convirtieron en unos cuantos dólares, la regalía no alcanzaba ya para pagar la casa. Román trabajaba en el despacho de un abogado y cuando fuimos a pedirle ayuda ya fue tarde. Lo perdimos todo: la casita, la platita, los sueños, pero nunca nos perdimos el uno al otro.

El tiempo pasó, nada se pudo recuperar, nos quedó la vida y nuestra compañía. Un día decidimos salir a cantar en los buses. Como todo el mundo ya nos conoce, saben lo lindo que toca mi Román. La gente de Quito es solidaria, nos ayudan a subir y bajar de los buses, los vecinos colaboran con cualquier centavito. Eso sí, esas monedas de ahora nada que ver con nuestros sucres.

A pesar de las pérdidas económicas que no han sido pocas, yo siento que no todo ha sido malo, muchos se quejarían por haber nacido como yo, sin embargo, esa condición es la que me hermana con mi Román. La pérdida de la casita hizo que descubriéramos la música como una de las más eficaces medicinas contra el odio para quienes nos quitaron todo. A veces me pregunto cómo puede vivir esa gente que le quitó todo a un par de ciegos. Mi Román, que es un lindo, me suele contestar:

—¿Que cómo viven? Bien pues, hija, con tanta plata que le quitaron a uno—. Y luego se ríe. Así ha sido siempre: un luchar de su mano, un vivir por los dos.

WILFRIDO OSWALDO GORDÓN
nació en Tulcán, Carchi, en 1967. Trabaja en la Unidad Educativa Ciudad de Ibarra. Su actividad favorita es la lectura.

Mascarada

El 21 de diciembre de 2017, estaba sentado en una mesa en una fiesta. Mientras todos bailaban al son de la música y se alegraban con un vaso de ron, mi cuerpo se puso rígido y mi mente empezó a divagar. No encontraba el recuerdo que, al mismo tiempo, no quería evocar. La música que sonaba en ese instante me obligó a encontrarme a mí mismo en otro tiempo y en otro lugar.

Vivía en Tulcán, tenía diecisiete años, era un buen estudiante gracias a mi dedicación y a la influencia de mis padres. De mi vida

social podía decir que era extraño: era de pocos amigos, esto no era raro, pero los que tenía valían por tres.

En el tema del amor era muy temeroso, sin embargo, me había lanzado a los brazos de la ilusión, representada en una chica hermosa, de ojos grandes y luminosos, cabello negro como la noche oscura del invierno, de voz dulce como el sonido de una lira; su nombre era Gloria, y su simpatía e inocencia hacían que mi mente soñara y la viera como un ser angelical.

Salía con ella a todas partes, a las fuentes de un parque, al hermoso campo que rodeaba a mi ciudad, caminábamos por las calles que fueron testigos mudos de nuestro andar, de las palabras que nos decíamos, de las miradas de ternura, de las risas y las ocurrencias de los dos.

No fueron pocas las veces que, el fin de semana, la acompañaba a escondidas de mis padres hasta El Terruño, donde vivían sus padres vivían. En aquel camino, a un lado de Huaca, lo normal era demorarse una hora a paso lento; nosotros nos tardábamos tres. ¿De qué conversábamos? De mil cosas: de la vida, del frío, del viento, del sol. Esos juegos, a veces inocentes, a veces con algo de picardía, alargaban el camino y acortaban el tiempo.

Mi corazón se aceleraba al verla, al contemplarla, al escucharla, quería estar cerca de ella; según yo, no le era muy indiferente, pues estábamos en conexión de mente y espíritu. La puerta de su colegio y sus amigas fueron testigos de mi desesperación por verla, de mi agitación para poder llegar a tiempo a la hora de la salida. Fueron meses de aventura, de emociones nuevas, de salidas cómplices; todo era tan fascinante, parecía un sueño tan bello. Había encontrado a la mujer más cautivadora y encantadora de mi joven vida.

Pero la dicha no es eterna, la felicidad de una triste alma es corta, dicen muchos, y para destruir un corazón basta un engaño. Es irónico cómo, muchas veces, se descubre y se sufre un desencanto. Aquella tarde, de la cual no quisiera acordarme, como dijo Cervantes en su obra monumental, cumplí con la invitación que me hizo: llegué a su pueblo, a la fiesta de carnaval.

—Hay que ir disfrazados —me dijo—. Lo espero a las cuatro donde acordamos.

Aquel día me hice acompañar de uno de los pocos amigos que tenía. Una vez en el pueblo, me puse el disfraz. En aquel momento me sentí extraño y se lo comenté a Wilson: sería novedoso pasar desapercibidos. Él reafirmó mi idea, así que decidimos llegar con los disfraces y no sacárnoslos durante la fiesta.



Se me ocurrió descubrir el mundo donde ella vivía, descubrir el mundo de su comportamiento, de su forma de actuar… Y como dice el dicho: el que busca encuentra, y yo lo encontré.

Al divisarla, me fui acercando, poco a poco, de forma astuta, como un cazador a la presa, para que no sospechara. Me paré a su lado, justo cuando le comentaba a una amiga que esperaba a un amigo, pero parecía que no pudo venir. Mientras se alejaban moviendo como solo una mujer mueve sus atuendos, me quedé pensando si debía continuar con esta parodia o si quería llegar más lejos.

Sonreía, conversaba, volvía a reír. Por el disfraz y el estruendo de la música no escuchaba lo que comentaba. La pista de baile estaba desierta, entonces me acerqué y le pedí bailar una canción, ella aceptó con desagrado. La veía triste, molesta, no se le ocurrió conversar conmigo, y para mí fue un alivio, pues no quería ser descubierto.

Sus amigas se acercaron y la tomaron de los hombros para llevarla, pero yo la tomé de la mano para que no se fuera: me dio una especie de cachetada en la cabeza para que la soltara y se burló de mi disfraz de oso. Estaba a punto de quitármelo cuando de la boca de su amiga escuché decir:

—Ya llegó y te busca.

Me frené. La seguí de lejos. ¿Quién la puede buscar si yo estoy aquí?

Caía la noche. Se respiraba un aire frío, pesado, brumoso. Yo seguía sus pasos. Ella le dio un fuerte y prolongado abrazo y un beso selló el saludo. No sé qué más se dijeron, ya que la pesadez llegó a mi cabeza, una neblina cubrió mis ojos y mi espíritu se sintió morir.

Bailaron toda la noche, no quería despegarse de él; reían a más no poder, sus amigas les hacían barras y mi ánimo se desplomó. Cuando vi que salían del salón, de un brinco salí atrás de ellos. Me quité el disfraz, pero ella no alcanzó a verme. Se perdieron de mi vista, por el camino, bajo la luz tenue en los postes. Él le tomó de la mano y apoyó la cabeza en su hombro.

Busqué a mi amigo, lo encontré sin disfraz, bailando con unas chicas que había conocido en el lugar. Le dije:

—El camino es largo y nos tenemos que marchar.

Se despidió de ellas y nos alejamos sin mirar atrás. El ambiente estaba frío y se empezaba a nublar.

El que busca encuentra y yo encontré la verdad. No supe más de ella, pues no la volví a buscar. Dentro de una mascarada, donde todo es burla, jolgorio, algarabía y desenfreno, no sé si la perdí a ella o ella me perdió a mí.




HAROL ANDRÉS BARAHONA
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Camino.

El amor de la juventud

Un día más esquivando las miradas amenazantes de mis amigos y compañeros por no tener novia. Me molestaban diciéndome:

—¡Feo!

¿Por qué tuve que ser feo?, me preguntaba siempre al despertar, cuando comía, cuando me bañaba, siempre me preguntaba lo mismo.

Un día, pasando por la calle, vi una chica muy guapa. Me dije a mí mismo: "Nunca voy a tener una novia así". Caminé cabizbajo por la calle. Decidí preguntarles a mis amigos:

—¿Soy feo?

Ellos dijeron que sí sin pensarlo. Esa respuesta me afectó y me bajó más la autoestima.

Pasaron los días y decidí cambiar mi imagen. Me fui a comprar ropa de moda, me corté el cabello, cambié mi actitud y fui al gimnasio. Al entrar a clases, mis amigos me preguntaron:

—¿Qué te hiciste? Tú no eras así.

Desde ese día se acabaron las molestias, las miradas amenazantes y el *bullying* que me hacían.



Otro día salí con mis padres a pasear y vi a otra chica muy guapa. Intercambiamos miradas y seguimos caminando. Mi mejor amigo, sin pensarlo, le pidió el número a la amiga de mi chica ideal. Yo tenía miedo y vergüenza de hablarle a una mujer.

Pasaron los días, semanas y meses y yo seguía con miedo de hablarle y que me rechazara. Entonces salí con mis amigos y vi a la chica. Tomé valor y, sin pensarlo, fui, le pedí su número y le pregunté su nombre. Llegué a mi casa, la llamé e invité a salir un fin de semana. Llegó el momento de la cita: la pasamos muy bien, jugamos, comimos, etc. Se dieron varias citas más. Tras conocerla mejor, le pregunté si quería ser mi novia y me dijo que sí. En ese momento no supe qué hacer, pero reaccioné así: la tomé de la mano, la abracé y seguimos caminando.

Cumplimos un año de noviazgo y le di un oso grande, chocolates y la llevé al cine y a comer.

Pasaron los días y me llamó para que fuera a su casa. Cuando llegué, me dijo que lo nuestro no podía continuar porque se iba del país. En ese momento me decepcioné y se me bajó otra vez la autoestima. Mientras caminaba para mi casa, muy triste, encontré al ave que siempre me escuchaba y compartía mis penas. Le dije:

—Amigo, tú eres grande y puedes volar alto. ¿Por qué sigues aquí?

Al parecer mis palabras le afectaron porque esa tarde el pájaro se marchó, al igual que mi espíritu. En ese momento pensé: "Ha sido verdad lo que dicen: el amor de la juventud solo es placentero y no es nada serio".

JACKELINE GUAMÁN
estudia en tercer año
de Bachillerato de
la Unidad Educativa
Ciudad de Alausí.

Separaciones que fortalecen el amor

Carla era una niña de hermosa cabellera, ojos cafés y muy inteligente. Vivía en una ciudad con sus padres y sus hermanos —Susana, Cléver, Érika y Carla, todos estudiaban excepto la menor, Érika—, estudiaba en una escuela de alto prestigio, donde se llevaba muy bien con sus compañeros. A Carla le encantaba vivir en la ciudad, pues ahí dio sus primeros pasos.

Cierto día, por decisiones que tomaron sus padres y que no entendió, tuvieron que mudarse al campo. No se acostumbró, pasaba muy triste, extrañaba a sus maestras y compañeros de la escuela, en especial a sus hermanos mayores, pues ellos ya habían culminado sus estudios secundarios y viajaron a otros lugares para continuar con sus estudios. Sus padres trataban de animarla, pero no sirvió de nada. Tardó un año en adaptarse a ese nuevo lugar, donde gracias a nuevas amigas y amigos que la ayudaron volvió a ser la misma muchacha y ya no extrañaba tanto a sus amigos.

Carla culminó sus estudios primarios. Por el cariño que sus padres le tenían y como no querían que la pasara nada malo, tomaron la decisión de ponerla en un internado de muy buena educación para todas las niñas. Ahí tampoco se acostumbró. Pasó días y meses llorando, ya que ella solo quería estar con sus padres, pero ellos tenían un carácter muy fuerte y no querían saber nada de salir del internado. Con ella vivían tres monjas que la controlaban. De lunes a viernes asistían a clases, y los sábados y domingos cada quien hacia limpieza en el internado. Había muchas niñas de diversos lugares, muchas estaban muy felices, pero otras, al igual que Carla, no querían estar ahí. Durante un tiempo, Carla no quiso tener amigas: solo quería estar sola y ponerse a pensar mejor las cosas.

Como no se acostumbraba a ese lugar y ya no lo soportaba, decidió escapar. Cuando iba a tomar un carro, llegaron las monjas y se la llevaron a la llevaron a su casa, hablaron con sus padres, y luego se la llevaron de regreso al internado. Con lágrimas en los ojos salió de casa, pues para ella era terrible estar en el internado. Una vez ahí, todas la miraron como si fuera un bicho raro. Los directores hablaron con Carla y estuvieron a punto de expulsarla, pero no lo hicieron.

Después de tanto sufrimiento, transcurrieron cinco años. Sus padres la visitaban algunas veces. Carla estaba cerca de culminar la preparatoria, tenía quince años y estaba a punto de cumplir los dieciséis.

Un día, al culminar la jornada de clases, Carla iba despistada bajando las escaleras cuando, de pronto, un chico la miró. Ambos se sonrieron. A Carla ese chico le pareció muy interesante, pues con esa simple sonrisa sintió algo que nunca había sentido por nadie. Nunca antes lo había visto. Toda la tarde Carla se la pasó pensando en aquel muchacho. Sentía que se había enamorado. Aunque ella no creía en el amor a primera vista, así le había sucedido. Por la noche recibió un mensaje de aquel chico, lo que la emocionó mucho, y se puso muy contenta. Conversaron varias horas y acordaron encontrarse mañana.

Al día siguiente se encontraron en el colegio, donde se conocieron mucho mejor: tenían muchos gustos similares. Estaban muy felices de estar juntos. Era como si el destino los hubiese unido, por alguna razón. Se despidieron con un beso, lo cual fue inolvidable para los dos.

Así pasaron los días y Carla no dejaba de pensar en aquel chico. Un día él le pidió que fuera su novia. Carla, muy emocionada, aceptó. Se veían casi todos los días, pasaban juntos, hablaban sobre ellos. Carla seguía enamorándose más y más de su novio. A él le encantaba mucho el futbol, era su pasión, él soñaba con ser futbolista, pero por alguna razón no pudo cumplir su sueño. Cuando culminó el año lectivo, tuvieron que separarse y no se vieron durante un tiempo. Eso fue muy duro para Carla, pues sentía que se le partía el corazón, sin embargo, sí siguieron en contacto. Tenían tantas ganas de volverse a ver.

Un día se pelearon, pues a Carla le contaron que su novio lo estaba engañando. Carla, muy triste, no supo qué hacer, así que

lo llamó y le dijo sobre aquello; su novio le explicó que eso no era cierto. Estuvieron a punto de terminar su relación, pero como estaba tan enamorada, confió en él.

De regreso a clases, con muchas ganas Carla esperó a su novio, pues quería que fuera la primera persona a quien abrazara, pero él nunca llegó. Pasó muy triste durante todo el día. Al siguiente, finalmente vio a su novio; se puso muy contenta. Ese día pasaron juntos y conversaron de lo mucho que se habían extrañado, pero ella pensaba que le estaba mintiendo, que la única enamorada era ella y que él no sentía nada por ella, que solo estaba jugando. Aun así Carla lo seguía amando con todas sus fuerzas.

Continuaron con su relación mientras seguían pasando los días. Carla estaba más emocionada con su novio. A veces lo llamaba,



pero él no contestaba y eso la ponía muy triste, incluso se ponía a llorar. Cierto día estaban conversando y su novio dijo que tenía que decirle algo muy importante y que no sabía cómo iba a tomarlo. Carla no supo si ponerse feliz o triste. Le dijo que él no la amaba, que no podía hacerlo, que para él el amor había muerto hace mucho.

Carla, muy triste, se puso a llorar, no entendía qué había pasado entre ellos ni por qué le decía eso. Su novio le pidió perdón y dijo que trataría de amarla. Carla aún seguía triste, no sabía qué hacer; a pesar de todo lo seguía amando. Aunque Carla trató de hacer como si él no le importara, siempre caía rendida a sus pies. Entonces los dos se enamoraron por completo, se hicieron el uno para el otro: tuvieron peleas, llantos, risas, pero aun así estaban juntos.

Carla le contaba todo y se encariñó mucho porque él llegó a amarla tanto que empezó a tener un trato muy especial para ella, le dedicaba todo su tiempo. No deseaban nada más que pasar juntos para siempre. Al extrañarlo, Carla se ponía a llorar durante horas. Su amor era tan grande que, a pesar de todo lo que pasó entre ellos, incluyendo que el padre de Carla no quiso que volviera a verlo, ella no dejó a su novio.

Después de un largo tiempo, volvieron a separarse porque Carla culminó sus estudios secundarios y se fue de la cuidad para seguir con su carrera. Al terminarla, regresó a buscar a su novio, tal y como lo había prometido. Se encontraron y su felicidad fue muy grande. Se seguían amando con todas las fuerzas: no se habían olvidado a pesar de la distancia que los separó. Él la seguía amando, así que le pidió matrimonio. Se casaron y fueron muy felices.




ALBERTO ANDRÉS CARRASCO
nació en Naranjito, Guayas, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Naranjito. Sus actividades favoritas son leer, dibujar y escuchar música.

Párrafos de un afortunado

"Te amo": bendita frase que ha empapado al mundo de dolor, decepción, tristeza y rencor, pero poquísimas veces a la mayoría de seres humanos que quieren amor con ansia y desespero, cual náufrago buscando agua digna de beber en una isla totalmente desolada o cual muchacho que, entre lágrimas, añora dar con su juguete

extraviado, que era su favorito. Así el desdichado busca la felicidad. Y usted, lector, se preguntará: ¿por qué desdichado? Y yo amablemente le responderé: porque el ser humano sabio —lleno de aquella virtud que únicamente poseemos y utilizamos para el bien o fines malignos, el poder del razonamiento— sabe que la felicidad es totalmente relativa (Darwin lo aprobaría[1]) y que el simple acto de buscarla lleva a perder lo más valioso y único que jamás se podrá recuperar: el tiempo; y quizás lo que logre encontrar es desesperanza y despecho, y terminar con la autoestima pisoteada por las botas más robustas.

Para ser sincero, el primer "Te amo" que de mis labios partió fue como aquel sonámbulo que habla sin tener el mínimo conocimiento de lo que está expresando y que, al siguiente día, ni siquiera lo recuerda. Yo apenas me acuerdo y estoy seguro de que careció de significado, pues, con esfuerzo, puedo recordar que fue en primaria, tiempo perfecto en el que todos, sin excepción, dicen sentir algo por alguien, algo que aún no ha germinado dentro, como el bendito amor.

Después pasaron muchos veranos e inviernos en esta Tierra, en la que he permanecido toda mi vida. Aunque me juzguen por mi edad (diecisiete años actualmente) y digan que no soy apto para hablar con un toque de soberbia y atrevimiento —algo característico en mí sobre ciertas cosas, ya sea porque son unos ignorantes que están absorbidos en la idea de que un número[2] determina el don de la inteligencia o el poder de la experiencia (admito, en cierta parte, que lo empírico es algo razonable)— he lidiado con problemáticas que, como los profesores en el templo

1 Sarcasmo. [Nota del editor: se han conservado los pies de página del original].
2 La edad.

del saber que me enseñaron las matemáticas y todas las reglas del lenguaje, me instruyeron para ser la persona que soy, en el templo del saber, que en este caso se llama vida.

Mi felicidad, antes de cierto punto de mi existencia[3], se notaba a leguas: ni el color fluorescente jamás creado se comparaba al finísimo sobresalto que en mí producía el más mínimo detalle que día a día se me presentaba; obviamente también existieron momentos en los que el llanto me consumía, pero —pensándolo mientras escribo— aquel llanto vano dibuja ahora una leve sonrisa en mi rostro. Ya quisiera yo presentarme en forma de alma a mi antiguo yo para decir algo como: "Levántate y limpia esa rodilla, campeón, que aquel dolor superficial no se asemeja en lo más mínimo al que residirá futuramente en tu interior; levántate y sonríe, deja de lamentarte por pequeñeces; otro juguete te comprarán, otro día al cine te llevarán, ese álbum en el que tanto dinero gastaste viejo se pondrá; y tú, Andrés, en un joven competente te convertirás".

La felicidad antes mencionada se convirtió en una llama prendida sobre una vela: con cada experiencia vivida, con cada enseñanza aprendida, lentamente la cera se fue desvaneciendo. Sí, crecí cual pequeña semilla germina y se convierte en un esbelto árbol, y conmigo creció el pesimismo… Seguía siendo aquel hombre alegre, pero ya no lo demostraba de forma superficial; perdí el rumbo, me sentía como en un gran velero viajando sin rumbo, sin brújula ni ningún tipo de guía, en medio de un hermoso océano infestado de bestias salvajes, pero también de corales hermosos, coloridos y llenos de vida[4]. Usted se preguntará cuál es la razón de aquel viaje sin rumbo, y si es usted joven o mucho

---

3 Antes de la pubertad.

4 Referencia a lo bueno y lo malo que se presenta en la vida.

más experimentado, podrá responderse porque, sin intención de adivinar, puedo decir que también presionó aquel botón que activó el comienzo de su juventud más prematura, aquella en la que los días se volvieron monótonos.

En mi caso prevalecía la misma rutina de siempre: despertar, arreglar la mochila para ir al colegio, llegar a casa, dormir, soñar… Aquel bucle me convirtió en alguien cada día más seco, como aquellas tierras pálidas y áridas que a gritos piden ser regadas, pero que al momento de ser rociadas con el transparente líquido[5], con el tiempo, brillan y luego dan, en su superficie, un hermoso verde que inunda de vida al terreno. Exactamente así podría describir el momento en el que descubrí, dentro de mí, pasiones ocultas como el dibujo, la música, la lectura y el notable amor al conocimiento.

Apático de naturaleza, fui conociendo poco a poco a la gente: hubo algunas personas dignas —otras no mucho— de mi gratitud e interés, pues han de saber que actualmente tan solo considero amigo a tres o cuatro personas, ya que el valor de aquella palabra lo he sabido llevar bien en claro; además, entendí muy bien que, al menos, en esta juventud llena de hipocresía, no vale la pena sumergirse en busca de la mejor estrella de mar[6]. Entendí que lo real, lo verdadero y lo más importante de nuestra vida llega a nuestro camino sin ser llamado ni buscado, ni mucho menos preparado, y así es como a mi vida llegaron personas que puedo decir ahora que valen, que saben dar valor a la amistad sin esperar recibir nada a cambio: eso es a lo que llamo verdadera lealtad.

Mi gusto por el dibujo lo demuestro gozoso: ni el placer de un niño comiendo un helado en su parque favorito, junto a sus amados

5 Agua.

6 No vale la pena abrirse tanto en la búsqueda de un buen amigo.



padres, ni la de aquel arriesgado que se atreve a montar la más alta y peligrosa montaña rusa, se compara a la emoción y el placer que desprende mi ser en el momento de coger suavemente el viejo lápiz y su respectivo borrador, luego de ubicar unos pequeños auriculares en mis oídos, y acomodar el llano lienzo en el que se imprimirá la magia que heredé de mi padre. ¡No hay mayor delicia que la de hacer arte con un poco de buena música! Pero todo agota, y aquel arte, créame usted, requiere de una parte considerable de tiempo, por lo cual he llegado muchas veces al estrés por el dibujo, por deberes escolares, por problemas familiares o incluso por perder en algún juego de video (odio perder).

Como Moisés separó en dos el mar Rojo para liberar a los israelitas, así la lectura me concilia en mis momentos de agotamiento. No miento al decir que desde muy pequeño yo ya leía demasiado, sin saber toda la información que estaba engullendo de forma ingenua… Ahora que razono, sé la importancia que engloba tan hermoso *hobby*, el cual encaja perfectamente como pieza de rompecabezas en mi fino amor por el conocimiento.

De esa forma pasaron los días, unos más largos que otros, sufriendo problemas comunes que supongo toda familia conformada por padre, madre y hermanos tiene… Entonces llegó el día en el que toda la subjetividad de mi ser se elevó a la cumbre, dejando mi razón por el subsuelo, diría yo[7]: en aquel entonces fui el mortal que, de un solo vistazo, a los nueve años de edad, se enamoró como nadie más se ha enamorado en las tierras de Florencia, Italia, hasta el punto de tener la valentía de ir a buscar, de forma literaria, a su amada al paraíso, después de su muerte y pasando por todo tipo de desgracias en el temeroso infierno, todo solo por verla una vez más. Hablo de aquel mortal llamado Dante, sencillamente magnificado por la dulce Beatriz[8].

Me identifico tanto con esa forma de nacimiento del amor verdadero, el que sentí al verla por primera vez. Eso fue algo totalmente diferente a la sensación que me produce el dibujo o la lectura. En aquel preciso momento, al ver sus ojos, sentí algo que rompió todos los vidrios de monotonía, pesimismo y apatía, reemplazándolos simultáneamente por piedras preciosas, las cuales representan la pureza del cariño, la ternura y la felicidad. He aquí mi primer vistazo a lo que llamo verdadera felicidad (no superficial). Pronto supe que al ser hipnotizado por la belleza de

---

7 Enamoramiento.

8 Referencia a Dante Alighieri, poeta italiano, y a su obra *Divina comedia*.

una persona, mi coeficiente decaería, pues a todo ser humano le sucede que al enamorarse se vuelve idiota (sin intención ofensiva, estoy siendo realista); o usted que me está leyendo, ¿acaso no ha hecho alguna vez algo tonto, ingenuo o estúpido por alguien a quien quiso abrazar, cantar, leer miles de poemas y ver a los ojos fijamente todos los días? De seguro que sí, por ello podrá entender cierta parte de mi amor hacia esa mujer, y digo "cierta" porque no creo que el resto entienda porque no todo el mundo ama con la misma intensidad de una llama incendiaria que se extiende al ser rociada con gasolina, con el mismo coraje que amó Romeo a Julieta…

En la actualidad, no todos valoran el sentimiento del amor: unos lo desprecian, otros lo utilizan como un juego, esparciendo puros "Te amo" en forma de gotas alrededor del mundo, unos "Te amo" con fines de lucro, otros con fines puramente sexuales, porque de eso está hecho el joven de hoy: de puro instinto. Lo digo tan crudamente por la rabia que tantas veces me ha embargado al vivir en tan miserable sociedad.

Y volviendo al tema de la bella dama, tema principal de este escrito, musa de mi primera obra, puedo decir que fue ella quien me enseñó todo lo que hasta aquel entonces desconocía. Como dije, me gusta aprender, pero nadie aprende a amar sin ayuda de aquella inspiración, de aquella tormenta causante del más bello arcoíris. Sin el temor de dejar la inteligencia a un lado, me infiltré en la lucha de su conquista. Cual Homero, fácilmente podría escribir una obra con su estilo[9]. Con el tiempo logré aquello que tanto ansiaba: pronuncié, un 27 de febrero de 2014, las palabras "Te amo", que enrojecieron el suave rubor de su bello rostro, palabras que esta vez sí fueron verdaderas, que no salieron de mi razón,

9 Homero, autor de antiguas poesías épicas griegas como la *Odisea*.

sino del corazón que latía a mil por hora, esperando respuestas concernientes… Y en este caso, esas palabras no me llenaron de dolor, decepción, tristeza ni rencor como mencioné en el punto de partida de estos párrafos. Como el tipo más afortunado, aquel que gana el premio mayor de la lotería, así me sentí al verme incluido en el sentimiento que poquísimas veces la mayoría de seres humanos busca con ansia y desespero[10]: no conquisté ni América, ni las mismísimas islas caribeñas, sino que tuve la dicha de conquistar y poseer el corazón de aquella mujer a la que amaré por toda la eternidad.

10 La felicidad.

MADISON SHUYIN BARAHONA
nació en La Troncal, Cañar, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Dr. Tomás Rendón Solano. Su actividad favorita es leer.

Mi *crush*

Aún no logro entender cuál es la razón de que a pesar de que existen tantas personas en el mundo, unas que jamás has visto llegan a tu vida, a veces para bien y otras veces para mal.

Esto me recuerda una historia muy hermosa o, mejor dicho, uno de los recuerdos más hermosos de mi vida. Cómo olvidar aquel 30 de mayo de 2016: fue un día cansado en el que, como siempre, hice toda mi rutina diaria. Cuando anocheció, me acosté con mi celular y me puse a chatear. Un tiempo atrás había conocido a un

chico con el que me comencé a llevar muy bien, su nombre era Raúl. Ese día él fue al cine con sus amigos; vi su foto publicada en el Facebook: junto a él estaba un muchacho muy simpático, que me gustó desde ese momento.

Lo primero que hice fue escribirle a Raúl para preguntarle quién era el chico que estaba con él en la foto. Me dijo que se llamaba Michael y que eran muy buenos amigos. Seguimos conversando de Michael cuando, de pronto, Raúl me preguntó:

—¿Qué? ¿Él te gusta?

No sabía si decirle sí o no. Lo único que le dije fue que era bonito. Todo iba bien hasta que me dijo que él tenía novia. En ese momento, todos los ánimos e ilusiones repentinamente decayeron pero, bueno, recién lo conocía.

Pasaron dos días. Raúl me comenzó a mandar fotos del chico bonito, ya que como se llevaban bien, iba a su casa y me hablaba de él. ¡Qué chistoso: me estaba ilusionando con alguien que ni siquiera me conocía y ni yo a él!

Una semana después le envié una solicitud de amistad en Facebook porque quería saber más de él. Michael la aceptó, pero no chateábamos, solo éramos amigos desconocidos. Los días pasaron y yo seguía sin saber de él.

El 16 de julio cumplió años e hizo una pequeña fiesta con sus amigos. Eso me enteré por las fotos que publicó. La verdad, era tan hermoso. Quise escribirle “Feliz cumpleaños” en su muro, pero era algo tonto, ya que para él yo era una desconocida: sería en vano felicitarlo. Como Raúl ya sabía que su amigo me gustaba, por chat me contaba cosas de él.

Un día, nos llevaron a una integración para compartir con otros colegios. Fui con mis amigas en la mañana. Cuando pasé en el bus, pude ver a Raúl: era la primera vez que lo veía en persona,



ya que solo nos conocíamos por chat, él no me vio. Mis amigas y yo estábamos sentadas en las gradas viendo los bailes, entonces una amiga me pidió que le acompañara a comprar. Afuera, no sé cómo, vi al chico bonito, estaba viendo a Michael, quien me había gustado desde que lo vi en una foto. Definitivamente era tan hermoso. Lo malo era que él ni siquiera sabía que yo existía, sin embargo, para mí ese día fue perfecto por el hecho de verlo; lo malo es que no volví a ver a Raúl.

El programa terminó a mediodía. Cuando llegué a mi casa no podía sacar de mi mente el rostro del niño bonito: lo que más me había encantado eran sus ojos y su sonrisa... Ah, tenía una sonrisa hermosa. Pasé recordándolo. Cuando tomé mi celular,

vi que tenía un mensaje de Raúl, me preguntaba si había visto a Michael. Yo, con lo contenta que estaba, le dije que sí y que era hermoso. Él me dijo:

—Él también te vio.

—Pero si él ni siquiera me conoce.

—Yo le conté de ti —dijo riéndose.

Me quedé impactada: él ya sabía que existo. Aunque estaba feliz, tenía en mente a su novia.

Casi un mes después de haberlo visto, una noche, al acostarme me llegó un mensaje de Michael: "Hola, ¿cómo estás?". El niño de mis ojos me había escrito. Entonces comenzamos a chatear. Cuando recién se va a conocer a una persona, las conversaciones son simples hasta tomar confianza. Por eso, en esa conversación nos preguntamos cosas básicas como: ¿cuántos años tienes?, ¿dónde vives?, ¿estudias?, ¿qué curso?, etc. Todos los días chateábamos hasta agarrar un poquito de confianza. Lo importante era que él ya sabía de mí.

La segunda vez que vi al niño bonito fue cuando yo salía del colegio: él estaba en uniforme, con unos compañeros. Aquel día me vio, lo que para mí fue algo hermoso. Me dio tanta vergüenza saludarlo. Cuando pasamos a su lado, una amiga gritó:

—¡Oye, ella dice que quiere tomarse una foto contigo!

Me moría de vergüenza. Solo me reí y moví la cabeza como diciendo no. Seguí caminando para tomar el bus, llegué a mi casa e hice mis tareas. De noche, como tengo la costumbre de conectarme a Facebook para chatear, vi que en mi celular tenía un mensaje de Michael. Comenzamos a chatear cuando le dije que le había visto.

"¿En serio?", dijo. "Entonces sí eras tú. No estaba seguro de que fueras tú, por eso no te saludé".

¡Chateamos tanto esa noche! No había día que no chateáramos. Cuando salía, tenía que verlo: para mí era hermoso verlo aunque fuera de lejos. Pasó el tiempo y Raúl me escribió para contarme que Michael había terminado con su novia. La verdad no me emocioné, ya que las parejas se separan y regresan. Me hice la sorprendida.

Un mes después, el niño bonito seguía soltero y seguíamos chateábamos todos los días, nos quedábamos hasta la madrugada escribiéndonos, hasta que uno de los dos dijera que era hora de dormir. Cada día que pasaba me iba gustando más y más, aunque él no lo sabía; me había encariñado tanto que mis amigas ya estaban hartas de escuchar que él era el niño más hermoso del mundo y que era mi novio aunque él no lo supiera, cosas así.

Nunca salíamos, en persona nada de nada, pero, bueno, con chatear me conformaba. Una noche, al despedirse, me escribió “Te quiero mucho” y me mandó un corazón. Me sentí importante para él. Otros días me dejaba mensajes diciendo que yo era alguien importante para él, que era bonita… ¡Uf, me ilusionaba mucho! En fin de año me deseó feliz Navidad y feliz año nuevo. ¡Me hacía tan feliz leer esos mensajes, ya que él se había convertido en lo mejor del año!, y a pesar de tanas conversaciones, nunca le pude decir cuánto me gustaba.

Al inicio del nuevo año me hice amiga de los amigos más cercanos del niño bonito y el segundo día de Carnaval lo pasé con ellos: esa fue la primera vez que salía con Michael. Ese día fue muy hermoso y siempre lo recordaré, sobre todo porque después él ya no fue el mismo conmigo: me respondía cuando le daba la gana y era frío, creo que me respondía más por compromiso que por deseo. Hasta que llegó un día que el niño que más me importaba me dejó de escribir. Me dolió tanto porque me había enamorado sin darme cuenta. Cada día que pasaba yo esperaba su mensaje

que no llegaba. La verdad, me di por vencida: ya no esperaba nada. Me prometí que siempre lo iba a querer porque para mí fue la persona más importante.

Cuando llegó su cumpleaños, dejé mi orgullo a un lado y le escribí, él respondió con agradecimientos. Ese día nos quedamos chateando. Me conversó que no estaba estudiando porque se iba a ir del país. En ese momento se me salieron las lágrimas, me dolió tanto: ya no lo volvería a ver, ya no volvería a ver su sonrisa tan hermosa. Ese fue el último chat con él. Después de eso pasaron tres meses en los que no supe nada más.

Un día vi una foto de un amigo de él, en la que Michael se estaba despidiendo en el aeropuerto. Me dolió mucho saber que ni siquiera se despidió de mí. Ese día también entendí por qué no lo hizo y por qué se había alejado de mí: ya tenía novia. Eso me partió el corazón, pero, a la, vez me alegró verlo feliz.

Hasta hoy no he vuelvo a hablar con él. Nunca me arrepentiré de haberlo conocido porque aún me gusta como la primera vez que lo vi; aunque suene algo tonto, no me importa estar enamorada de alguien que no lo está de ti; él sigue en mi mente y en mi corazón, ocupando un lugar inmenso. Esté donde esté o con quien esté, siempre será la mejor persona que he conocido en mi vida, siempre será el niño más hermoso del mundo. En ocasiones encontramos personas que no son para nosotros, pero te dejan bonitos recuerdos en tu vida.



Las historias de amor de este libro suceden en la infancia, la adolescencia, la época adulta o incluso la vejez. Encontrarás relatos sobre el primer amor, sobre amores efímeros y amores eternos; pero también leerás relatos de desamor, de amores imposibles, de celos y de engaños. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec